



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VI - Nº 59 Marzo de 2023



*Amor a la Cruz y
Contra-Revolución*

En la vastedad de Brasil

Cuando niño, viajando con mi familia por el interior de Minas Gerais, le pregunté a mi papá:

— ¿Qué pájaros son esos?

— Seriemas

— ¿Para qué sirven las seriemas?

— No sirven para nada, están por ahí...

Pensé: “Aves sin belleza que corren sin sentido en ese panorama... ¿Cómo es eso?”

En cierto momento, vi dos o tres seriemas juntas y, entre sus patas, pude contemplar un extraordinario paisaje. Noté como formaba un conjunto bonito con las montañas.

Entonces concluí: “¡Ahora entiendo para que sirven las seriemas! Ellas van recorriendo esa vastedad y permiten a este tocón de hombre, que soy yo, medir cómo este país es enorme. Las distancias no son nada para ellas, corren con una celeridad que me deja pasmado, pero noto que pueden correr, correr, correr, correr, y cuando hayan corrido mucho, al punto de que mi mirada no consiga acompañarlas, estarán apenas en el comienzo de una carrera por el Brasil.”

(Extraído de conferencia del 27/04/1985)



Sumario

Vol. VI - No. 59 Marzo de 2023



En la portada,
Dr. Plinio en 31 de
diciembre de 1975.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de
exposiciones verbales del Dr. Plinio
— designadas como “conferencias” —
son adaptadas al lenguaje escrito,
sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición
brasileña y editada en
Colombia por PRODENAL
con las debidas autorizaciones
de la Editora Retornarei Ltda.
de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de
números anteriores, ir a:
[http://caballerosdelavirgen.org/articulo/
revista-dr-plinio](http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio)

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

SEGUNDA PÁGINA		
2	<i>En la vastedad de Brasil</i>	
EDITORIAL		
4	<i>La Contra-Revolución de la Cruz</i>	
PIEDAD PLINIANA		
5	<i>Oración de la mañana</i>	
DOÑA LUCILIA		
6	<i>Persistencia, delicadeza y desafío</i>	
REFLEXIONES TEOLÓGICAS		
8	<i>Significado de los sufrimientos en esta vida</i>	
LA SOCIEDAD ANALIZADA POR DR. PLINIO		
15	<i>Revolución A y Revolución B</i>	
SANTORAL		
22	<i>Santos de Marzo</i>	
HAGIOGRAFÍA		
24	<i>De inquisidor a apóstol del Perú</i>	
ECO FIDELÍSIMO DE LA IGLESIA		
27	<i>Reino de María e imponderables</i>	
LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA		
30	<i>La belleza inmortal de la Iglesia reflejada en los funerales de un Pontífice</i>	
ÚLTIMA PÁGINA		
36	<i>¡Intimidad superior a toda reflexión!</i>	

La Contra-Revolución de la Cruz

El pueblo brasileño está profundamente ligado a las tradiciones católicas recibidas de sus mayores. Pero por un movimiento dinámico de su alma, se encuentra vinculado a unas fuerzas desencadenadas por el neopaganismo contemporáneo, que lo lleva a tener apetencia de una forma explosiva de placer que es la destrucción de todo orden y jerarquía de todo nuestro pasado cristiano.

Así, mientras nos decimos católicos, cada vez más nuestras almas e instituciones se van vaciando de contenido católico. Y es porque recibimos de nuestros antepasados una doble herencia: la de la Fe y la de la Revolución. Por un tremendo fenómeno de alma, vemos que aquello que en nosotros simboliza la Fe se va debilitando día a día y todo cuanto representa la Revolución va cogiendo más fuerza.

Hay pues, una lucha trabada en las almas, donde las fuerzas de las pasiones desordenadas son dinámicas, en cuanto que las que representan la tradición, la virtud, la Fe, están en declive, somnolientas, debilitadas.

Los enemigos de la Santa Iglesia promovieron ese declive de Occidente, mediante unas reglas basadas en el principio de que para llevar al hombre al error es necesario fomentar las malas inclinaciones, sembrando la impiedad en un terreno preparado por las pasiones desordenadas, por el apetito del placer, el deseo de emancipación, de libertad, de igualdad, que caracterizan la mentalidad neopagana.

En efecto, a través de un sistema insuflado, comenzó a difundirse moderadamente el gusto por el placer en determinados lugares. Después, se irguió la apetencia por la impiedad y se propagó ese estado de espíritu para otros puntos, propagándose un incendio en todos los escalones de la sociedad.

Ahora, debemos realizar lo contrario: promover la Contra-Revolución que empieza por ser, antes de nada, la Contra-Revolución de la Cruz. Y tal vez estemos en la mejor época que hubo en la Historia para que esa Contra-Revolución se haga.

En los Evangelios el Divino Maestro nos cuenta la parábola del hijo pródigo. Un hijo sale de la casa paterna, al impulso de un espíritu que podríamos llamar revolucionario, porque lo hace para gozar la vida. Habiendo malgastado todo su patrimonio, el joven se vio en la contingencia de comer las bellotas que se daban a los puercos, pero ni eso le permitieron. Solo entonces se acordó de su padre al que abandonó. La hora del sufrimiento fue la hora de la enmienda y de la penitencia.

El mundo contemporáneo está exactamente en esta situación. Una atmósfera pesada, semblantes sombríos; las personas sienten un enorme vacío en el alma. Esto conduce a neurosis, psicosis, desesperaciones, tan características de las grandes ciudades.

Todos sentimos que estamos en un momento de la Historia en que las catástrofes amenazan a la humanidad. En el fondo, el mundo teme y percibe interrogantes difíciles de definir, resultado de la promesa hecha por el demonio a los hombres; él prometió placer y acabó dándoles las bellotas de los cerdos.

Nunca las posibilidades de una acción contrarrevolucionaria fueron tan grandes como en la actualidad. No porque la crisis no haya llegado a su apogeo, sino precisamente por haberlo alcanzado. El auge de la crisis trae consigo el inicio de la decepción y de la reacción.

Por una especie de amargura y desilusión profunda, se observa en las almas de determinados segmentos de opinión pública, un anhelo de pasar del extremo de la Revolución al de la Contra-Revolución, una forma de apetencia de sufrimiento. Son personas en búsqueda de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, que quieren oír hablar de deber y de ideal, pero que son conscientes de que esos términos no tienen sentido a no ser cuando están conjugados con las palabras del Divino Redentor, Sumo Bien. En Él se dan encuentro todos los verdaderos ideales y los que se desvían de Él no son más que mentira y pecado.

La mística de ese movimiento es seguir a Nuestro Señor con espíritu de sacrificio, de renuncia y de cumplimiento del deber. De personas imbuidas de ese espíritu saldrá la aurora de una nueva Edad Media. Ahora, mientras en la humanidad reine el espíritu del placer y del gozo de la vida, solo saldrá abominación y paganismo.

Es necesario seguir las huellas del Divino Salvador poniendo los pies donde Él los puso, viviendo una unión íntima con Él; solamente así ese camino es viable.

Sobre todo, si a lo largo de esa vía, para auxiliar nuestra debilidad y consolar nuestros corazones, tuviéramos aquello que hay de más dulce en el Cielo y en la Tierra: *la sonrisa inefable de María Santísima!*"

* Cf. Conferencia del 30/1/1961.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



Oración de la mañana

Oh Sapiencial e Inmaculado Corazón de María, os ofrecemos las oraciones, trabajos y sacrificios de este día, a fin de que los purifiquéis de todo defecto y los presentéis a vuestro Divino Hijo para el aplastamiento de la Revolución, la victoria de la Contra-Revolución y la venida de vuestro Reino sobre la Tierra.

Hacednos fervorosos en la piedad, eximios en la pureza, ardorosos en la acción. Sobre todo, dadnos la gracia de recurrir a Vos en todas las dificultades, grandes o pequeñas, de manera que esta lucha nos una cada vez más a Vos y contribuya para darnos la convicción de que sois Vos quien perseveráis, lucháis y vencéis en nosotros.

¡Oh Santo Ángel de la Guarda de la Contra-Revolución, oh nuestros Santos Ángeles de la Guarda personales, oh nuestros Santos Patronos, asistidnos a cada momento, alejando de nosotros los peligros, acechanzas y embestidas del enemigo infernal! Así sea.

Nuestra Señora del Sagrado Corazón



Persistencia, delicadeza y desafío



Archivo Revista

Decidida a vivir de acuerdo con lo que la fe le indicaba, Doña Lucilia levantaba una oposición suave pero infranqueable a los que deseaban lo contrario, incluso si era necesario pagando el precio del aislamiento. Sin embargo, en los últimos meses de su existencia terrena la Providencia quiso confirmar su fidelidad, envolviéndola en el cántico de admiración de algunas almas justas.

Para comprender la manera en que Doña Lucilia actuaba cuando yo era niño, al protegerme de quien quisiese perderme, es necesario haber conocido aquellos tiempos y visto los modos, las costumbres y las reglas de delicadeza entonces vigentes.

Ella era una persona muy bondadosa, pero al mismo tiempo muy seria. Cuando no quería una cosa determinada, levantaba una barrera infranqueable: iese no era así, no podía ser y no sería! Todos comprendían que habría una oposición sin nada de furibundo ni de problemático, pero tan segura, que no servía de nada insistir.

Negativa que desanimaba cualquier ataque

Esa actitud comenzaba por verificarse en lo que se refería a la for-

ma como yo practicaba la religión. A algunos de mis parientes les hubiese gustado que yo fuera un niño más o menos sin religión, como los otros de mi familia formados por ellos. Sin embargo, no osaban proponerle a Doña Lucilia nada a ese respecto; o, si le propusieron, ella acabó la cuestión, de tal modo que ninguno de ellos osó decirme una palabra en el sentido de estimularme a no ser religioso, a no ser puro, etc.

Ellos sabían que, si algo así llegase hasta mi madre, la respuesta vendría con una negativa: “Mi hijo es mío y no tuyo, quien dispone de él soy yo, no tú; y por mi intermedio, quien dispone de él es Dios. De manera que voy a educarlo según Dios quiere, y no te metas. Cuida a tus hijos, si quieres; ¡al mío, no! ¡A él lo cuido yo!”

Conmigo ni trataba del asunto, en una actitud de quien no consideraba

posible que alguien se entrometiese en el caso. Lo que ella hizo fue rezar mucho y decir un “no” preventivo. Fin del asunto.

“Vas a sufrir mucho con el aislamiento”

Cuando explotó en 1932 la Revolución Constitucionalista en São Paulo, mi abuela Doña Gabriela decidió comprar una radio para acompañar las noticias. Algún tiempo después, ella le dijo a mi madre, quien me contó el hecho sin hacer comentarios:

— “Cuando yo muera, Lucilia, quiero que ese radio sea para ti”— era todavía un objeto de cierto valor en aquella época—, “porque tú vas a sufrir mucho con la soledad, y al menos la radio sirve para que tengas compañía.”

Se comprende todo lo que eso quería decir...

Además, la salud de mi madre no era buena. Mejoró mucho después de que mi abuela falleció y pasó a vivir sola conmigo. Doña Gabriela era muy generosa, y bajo ese aspecto no había ningún problema, pero mantener las riendas de la casa, cuidar de la servidumbre, atender a los que entraban y salían, constituía un peso difícil de sustentar.

Doña Lucilia tenía paciencias enormes, por ejemplo, con un sobrino sordomudo que presentaba crisis nerviosas horribles. Los padres de este sobrino no aguantaban esas crisis mientras que ella sí. Se encerraba con el niño en una sala, y al cabo de una o dos horas de conversación, él salía más sosegado, tranquilo. Era una manifestación de su generosidad, pero eso la desgastaba.

Por esa causa, durante el período en que vivió en casa de mi abuela, su salud estaba muy decaída. Padeía dolencias del hígado. Sentía indisposiciones horribles, pasaba la noche en vela y por mañana quedaba exhausta, con la fisionomía deshecha.

En el tiempo en que mi hermana y yo éramos muy pequeños, mi madre tenía miedo de morir a cualquier momento, y a veces nos decía eso para prepararnos. ¡Nosotros quedábamos asustadísimos!

Todas esas circunstancias hicieron de Doña Lucilia una persona que medía bien cuál era el padrón de la felicidad, y sentía y cargaba el peso de los sufrimientos hasta el fin.

Cargando la cruz rumbo al ápice

En ese sentido, de las fotografías tomadas a mi madre, ninguna me agrada tanto cuanto una en que ella está bien anciana, con setenta y cinco o setenta y seis años, moviéndose sin necesidad de apoyo, apenas con una deficiencia auditiva que esos aparatos modernos suplían.

Yo la conocía tan bien que, al ver esa fotografía, percibo una cosa curiosa: ella está muy ansiosa. Se nota allí cómo era

su adaptabilidad: ella trata de hacer una fisionomía que, dentro de sus principios, sabía que a los presentes les gustaría. ¡Pobrecita! Yo sé muy bien que estaba cargando su cruz rumbo al ápice.

En su fisionomía trasparece tal conjunto de virtudes, viviendo a la manera de un enjambre en su alma –un enjambre santo, no caótico–, que es difícil decir todo lo que veo ahí. Es un equilibrio extraordinario de virtudes, todo un inmenso teclado puesto en orden.

La nota que aparece mucho en esa fotografía es el orden que mi madre se impuso a sí misma, porque estaba de acuerdo con lo que el intelecto y la fe le indicaban de cómo se debería ser. Hay una resolución de vivir dentro y para ese orden que, con toda su actividad, revela un trazo heroico: se debe ser de determinada forma y está acabado. Se percibe una persistencia, con delicadeza, y cierta mirada de desafío, como quien dice: “Yo sé que ustedes no están de acuerdo, pero así es.” ¡Con ella no se jugaba!

La confirmación de la fidelidad

La vida de Doña Lucilia fue una enorme espera, que tuvo un desenlace enteramente inesperado: en los

últimos meses de su existencia en esta Tierra, por causa de mi enfermedad¹, hubo un flujo torrencial de gente en mi casa y, sobre todo por la insistencia de João² en hacer que ella se notase, Doña Lucilia murió envuelta en un cántico de admiración de los que me visitaban.

De hecho, mi madre esperaba que toda su bondad y todo el ambiente por ella creado reconstituyesen en torno de sí un tiempo pasado, que iba siendo devorado por el americanismo.

Entonces mi madre recibió una confirmación de que no se había engañado y de que todo cuanto ella era, era notorio para quien quisiese ver. Fue una especie de confirmación de su fidelidad. ❖

*(Extraído de conferencias del
14/9/1985 y 6/11/1993)*

- 1) Se trataba de la grave crisis de diabetes que acometió al Dr. Plinio en diciembre de 1967, obligándolo a permanecer en reposo en su apartamento por algunos meses.
- 2) El Dr. Plinio se refiere a Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, su fiel discípulo y secretario personal durante más de cuatro décadas, que en la época de los hechos aquí mencionados todavía era laico y contaba con veintiocho años.



**El Dr. Plinio con el Sr. João Clá
durante una cena en su apartamento,
en la década de 1990**



Significado de los sufrimientos en esta vida

La vida reserva, tarde o temprano, amarguras y decepciones, incluso para los hombres que en apariencia tienen más éxito. Si alguien quisiera inventar una doctrina perfecta para sufrir el mínimo en esta vida, concebiría la Religión Católica, porque sólo ella da una visión elevada para entender la cruz, así como el equilibrio de alma y el amor de Dios para cargarla.

Comentaremos algunos extractos de la *Carta Circular a los amigos de la Cruz*, de San Luis María Grignon de Montfort.

No se vive sin combates en este lugar de tentación

[33] Pero al final, si no quieres sufrir pacientemente y como el predestinado, cargar tu cruz con resignación, la llevarás con murmuraciones e impaciencia como los réprobos. Seréis semejantes a los que arrastraron gimiendo el Arca de la Alianza. Imitaréis a Simón de Cirene, que de mala gana puso su mano sobre la Cruz de Jesucristo, y que murmuraba mientras la cargaba. Finalmente, os sucederá lo que le pasó al mal ladrón, que cayó desde lo alto de su cruz hasta el fondo del abismo.

No, no, esta tierra maldita en la que vivimos no hace a nadie bienaventurado; no se ve bien en este país de tinieblas; nunca se está en perfecta tranquilidad en este mar tormentoso; nunca se vive sin combates en este lugar de tentación y en este campo de batalla; nunca se vive sin pinchazos en esta tierra cubierta de espinas. Es necesario que los predestinados y los réprobos tomen su cruz, ya sea de buena o mala voluntad. Guardad estos cuatro versículos:

Escoge una sola cruz, de las que ves en el Calvario.

Escoge bien, pues es necesario.

Que sufras como santo o como penitente,

¡O como condenado, que sufre eternamente!



Transporte del Arca de la Alianza - Iglesia de la Encarnación, Montilla, España

Una filosofía mundana

Mundano es quien tiene la ilusión de poder encontrar la felicidad en este mundo y corre tras ella. Estas dos cosas están conectadas, porque cualquiera que tenga la estupidez de pensar que puede encontrar la felicidad en esta tierra es lo suficientemente tonto para correr atrás de ella. Quien, por el contrario, tiene sabiduría, es bastante sensato para entender que en este mundo no hay felicidad perfecta y, por supuesto, no corre tras ella.

El gran error en este asunto, que se vive especialmente en nuestro tiempo, es pensar que en este mundo existe lo que el hombre quiere como felicidad. Desde pequeños, en nuestras primeras reacciones venía incluido este error, es decir, la idea de

que el hombre desafortunado es el que siente cosas desagradables en su alma y en su cuerpo, y feliz el que experimenta cosas agradables. Entonces, si un individuo obtiene una serie de estas cosas en esta vida, es feliz; si no las consigue, es infeliz, porque esa privación constituye un elemento de infelicidad. Pero, si además sufre cosas positivamente desagradables, entonces es un desafortunado, un desventurado.

De ahí viene una filosofía mundana, porque si estos presupuestos se consideran verdaderos, la única razón de ser en la vida es obtener placeres. Y el deber es una especie de impuesto que se paga para obtener ciertos deleites.

Por ejemplo, un joven que estudia pintura se esfuerza para ser un buen

pintor, ya sea porque le es agradable, o porque, aunque el oficio le disgusta en algunos aspectos, está dispuesto a aceptar lo desagradable para lograr, al final, cosas atractivas: una medalla de oro, brillar en una exposición, ser considerado como un buen pintor, etc. Pero todo no pasa de una cacería del placer.

Si es cierto esto, quien tenga un criterio de moralidad que no sea el placer es un tonto, y el sensato corre detrás del deleite. Pero si esta concepción, a su vez, es cierta, el hombre que logra cosas consideradas como elementos de placer es respetable; y el que no las consigue es un fracasado, un cretino. Vemos, por lo tanto, cómo todo esto redundando en una filosofía errónea según la cual quien alcanzó éxito tie-



Flávio Lourenço



ne valor, quien no lo obtuvo no vale nada.

Es curioso cómo esto está muy vivo en nuestro ambiente e impregna las vivencias, incluso cuando las personas teóricamente lo rechazan, generando verdaderos complejos en aquellos que tienen vergüenza de presentarse ante los demás porque no obtuvieron ningún éxito según el criterio de esta filosofía. Si lograran algún éxito, entonces se manifestarían con la cara al sol, a la luz del día.

Para todo el mundo la vida reserva decepciones de las más estruendosas

Esto después de todo se reduce a naturalismo y mundanismo. Es razonar sobre esta vida, en primer lugar, viéndola como no es. Y, en segundo lugar, tomarla como si la religión católica no fuera verdadera.

Viendo la vida como no es porque sólo un verdadero tonto no entiende que la existencia reserva, tarde o temprano, las cosas más aflictivas

y las decepciones más amargas para todos, sin ninguna excepción, incluyendo aquellos que en apariencia tuvieron más éxito.

No encontré un solo hombre que habiendo alcanzado la edad de cincuenta años, mirando su vida, por más exitosa que fuera, no le pareciera una batalla tremenda; tan tremenda que comienza a ver la muerte al final del camino, y a preguntarse si valió la pena haber vivido. La pregunta que se puede hacer a una persona como esta es la siguiente:

— ¿Le gustaría nacer de nuevo y pasar por todo lo que pasó?

La respuesta de algunos sería:

— ¡No, en absoluto!

De otros:

— No lo sé. Mejor dicho, tal vez prefiera arrojarme a los oscuros abismos de la muerte, para rehacer todo lo que el otro piensa que es una vida de placeres.

Este es un mito erróneo con que se educan a las personas de las élites de la sociedad y al que se deben sus fracasos crónicos. La Revolución, queriendo liquidar una clase social, pone esto en la cabeza de sus componentes haciendo que todo se pierda. De hecho, todos los países decaen cuando la clase dirigente está en este estado de espíritu y lo comunica a los estratos inferiores.

A medida que ese sentido de la vida se extiende como una mancha de aceite, la podredumbre lo acompaña. Y cuando llega a las últimas clases sociales, el país se deshace. No hay nadie que resista a una quimera como esta.

Observando parejas de novios en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús

De modo que, aunque sea algo muy sabido, por más que se repita, es difícil sacarlo del subconsciente de las personas. Un individuo oye esta explicación y dice:

— Ah, es cierto, por supuesto, pero me doy cuenta de que tendría una pequeña manera de ser feliz.

Se le pregunta:

— ¿Cuál es esa manera?

Respuesta:

— Deme tal cosa y me sentiría feliz.

El sujeto la recibe, pero no queda contento y dice:

— Tengo todo lo que me gusta, pero no tengo fortuna. Si la tuviera, sería feliz.

Razonamiento claro como la luz del fuego, pero a la vez tonto como lo es la necesidad, porque exactamente la frustración está en lo que más quiere el individuo y que, consiguiéndolo, tiene la ilusión de haber logrado la felicidad. Lo duro es que realmente, para cada uno de nosotros hay algo que, obteniéndolo, en apariencia, nos dejaría felices. Pero la estructura del espíritu humano y el contenido de los bienes terrenales son tales que ahí está la ilusión. O el individuo los obtiene o no los obtiene. Si no los obtiene, queda amargado; si los obtiene, los va a coger y se le vuelven amargos.

He puesto atención, en la Iglesia del Corazón de Jesús, a las parejas que bajan del altar después de su boda y noto que, en general, son uniones basadas en el concepto moderno del amor. Viendo sus caras se percibe que ya están completamente desencantados el uno del otro. Ese matrimonio fue hecho medio maquinalmente porque fue pactado, y si no se hubiera hecho sería peor. La chica piensa: “A fin de cuentas, no me casaré, a menos que me case con este tipo que está aquí”. Él piensa: “Ya estoy tan comprometido con ella; de las que me gustaron, esta fue la que más me gustó. Entonces acepto”.

Incluso es interesante leer la fisonomía de la joven cuando entra a la iglesia y cuando sale. Ella entra del brazo de su padre, con una expresión de esperanza y pensando en la escena que tendrá lugar: “¡Ahora me ca-

saré!” Y sale con su marido, con el semblante de quien piensa que el matrimonio fue en su detrimento.

El otro día estaba en un coche frente a la iglesia cuando entró una pareja de novios. Él no giró la cabeza para mirarla, ni ella a él. La novia estaba exclusiva y nerviosamente preocupada por los pliegues del velo, y con este pensamiento: “Esta miseria de velo tiene tanto pliegue y da tanto trabajo, no me siento bien mientras esté con él. ¿Cuándo me podré deshacer de esta porquería?” El novio, a

su vez, miraba hacia la plaza, donde sucedía algo que le interesaba.

Una ilusión que necesita ser despejada periódicamente

En esta vida todas las cosas son así, no solo el matrimonio. Aquí está exactamente la ilusión de los mundanos. Piensan que tienen muchas cosas, pero en realidad no poseen absolutamente nada.

Por ejemplo, el hombre que hizo una carrera y alcanzó su ápice. La



El coche del Dr. Plinio, frente al Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, São Paulo



parte de la familia que no progresó lo mira cómo se mira un perrito al que le damos algo y hace un guiño con las patitas. Pero el pobre que está allá arriba está amargando. Digamos que es senador. Para él sería peor no tener ese cargo, pero ocuparlo le causa una frustración enorme y continua.

Podemos hacernos una idea de lo que representa esta frustración analizándola en el campo de la salud. Se va a un hospital, en general, los enfermos miran por la ventana y piensan: “¡Oh, si fuéramos ese joven fuerte allí! Mira lo bien vestido que está, desbordando de salud, caminando en el entorno del hospital, ¡qué delicia!”

Pregúntese al joven si la salud está resolviendo sus problemas. Él dirá: “Si tuviera como único estorbo un hígado que funciona mal, cambiaría mi ‘salud’ por muchas cosas, porque eso me fastidia y me atormenta”. Es decir, es todo así. Y el mayor enga-

ño para una persona es hacerse una idea falsa sobre esas cosas.

En ciertos puertos donde no se draga continuamente el sedimento de arena, se va acumulando en montículos y, tiempo después, quedan obstruidos. Asimismo, esta ilusión necesita ser dragada periódicamente. Porque es solo dejar de pensar en este asunto que inmediatamente en las vicencias del hombre se establece la noción contraria. En este punto, el hombre es de una pertinacia incalculable y por eso insisto. La dificultad del tema está exactamente en esto: cuando se habla de ello se consideran banales los buenos principios. Pero si no se habla de ellos, se olvidan. Así, el que orienta almas y desea ser una persona celosa por mantener la verdad a este respecto queda en una sin salida y con una obligación: O ella insiste continuamente y se vuelve aburrida o nunca levanta el tema formándose en el fondo de las al-

mas un banco de arena, en el cual todas las buenas resoluciones encallan y después no hay más que el naufragio.

Aquel que no quiere sufrir como Nuestro Señor sufrirá como demonio

Eso significa que si no quieres sufrir con alegría como Jesucristo...

Lo que San Luis Grignion deduce es esto: no tiene ningún sentido querer huir de la cruz, porque tendrá que llevar otra cruz, protestando. Y lo que no se sufre como fiel a Nuestro Señor Jesucristo, lo sufre como un demonio.

Hay un cierto tipo de personas que saben que la vida es este horror del que estoy hablando. Pero de ahí sacan una conclusión terrible: “Esta vida no debería ser ese horror. Es malo que lo sea, me rebelo y, por tanto, viviré amargado”.

Francisco A.



Simón Cirineo - Santuario Bom Jesus do Monte, Braga, Portugal

Los escoceses, los holandeses y los calvinistas franceses tienen exactamente ese espíritu. Si alguien quiere contradecirlos, responderán: “No sirve de nada decirme que hay tal o cual placer, porque ni siquiera condesciendo en sonreír a esos deleites. Esto aquí es realmente frustrante, pero no debería serlo y yo me irrito”.

En esas caritas de serpiente, se pueden ver muchas anomalías morales. El horror que existe dentro de esos individuos es increíble. No tuvieron sino placeres, pero sufrieron como demonios porque no quisieron sufrir como Nuestro Señor. Esa es la realidad.

[34] Sin embargo, si al contrario sufres como debes, la cruz se convertirá

en un yugo suavísimo que Jesucristo cargará contigo. Se convertirá en las dos alas del alma que la llevarán al Cielo; se convertirá en el mástil del barco que te hará llegar al puerto de la salvación feliz y fácilmente.

Se nota esto en la vida de cualquier bienaventurado, Santa Teresita, por ejemplo. Cuando la cruz vino a su encuentro, engulló el trago amargo y quedó después tan contenta que necesitó mortificarse para no ver si era hemoptisis [ndr. eliminación de sangre por aparato respiratorio] o no. Y caminó hacia la muerte en medio de mil pruebas, pero alegre. Así fue con todos los santos. Es decir, en realidad ellos llevaron una vida más feliz porque cargaron la cruz con amor.

La alegría de la cruz

Cargad vuestra cruz con paciencia, y por esta cruz bien llevada seréis ilu-



Francisco A.

La alegría de la cruz es un tema que merecería ser desarrollado.

Para que la persona pueda disfrutar de esta alegría es necesario que tenga esta templanza primera, por la cual entiende que hay una forma de felicidad en no estar disfrutando de nada, aunque tampoco sufra. Ella vive normalmente como todos los demás, sin grandes alegrías, grandes placeres, grandes emociones, y debe considerarse feliz. La búsqueda de la gran emoción como condición para la felicidad es una de las causas más graves de todo tipo de infelicidad.

Incluso se podría decir esto: si una persona tuviera continuamente grandes felicidades, emocionantes y sensacionales, desgastaría de tal manera su siste-

ma nervioso, todo el mecanismo de sus apetitos, que quedaría completamente arruinado. Tener continuamente emociones con cosas nuevas es un vicio, una forma de intemperancia, y con esto viene la infelicidad.

Este principio es muy fructífero. El sufrimiento es lo que más aumenta la inteligencia del hombre. Y el peor de los sufrimientos, para el alma que no cede al pecado, es ser tentada. De modo que el ser tentado es un ápice de sufrimiento, y eso da una ciencia de la vida, con el tiempo al menos, que otras almas no poseen. Feliz, en este sentido, es el alma tentada. Es como una fruta que se expone a un sol abrasador estando aún verde, pero que con eso madura más rápido y es más sabrosa. Esa es el alma que sufre.

Cargad vuestra cruz con alegría y seréis abrazados por el amor divino, porque nadie puede vivir sin dolor en el amor puro del Salvador. Solo se cogen rosas entre espinas. Sólo la cruz alimenta el amor de Dios, como la madera alimenta el fuego.

La felicidad es aquella del alma temperante que, por ejemplo, pasa un día domingo así: tuvo una noche normal, se despierta por la mañana y lee su periódico o toma el coche y da un paseo, vuelve a la casa y reza sus oraciones; por la noche, cena, camina un poco más, reza y duerme. Esta persona tuvo un buen domingo que le satisfizo enteramente. Ella no tiene que estar a todo momento con algo que le mueva su sensibilidad. Este estado de espíritu de una vida ordenada y común, sin grandes sensaciones, es un presupuesto para encontrar la verdadera felicidad.



Holocausto de amor desinteresado

Cuando la persona comprende el valor de estas cosas, también entiende que algunas cruces caigan sobre sus hombros, siempre y cuando no corten completamente esto, pues son cruces que permiten mantener una vida soportable. Y una persona no tiene derecho de considerarse infeliz cuando lleva una vida así.

El verdadero infeliz es el que tiene una existencia insoportable. Quien lleva una vida tolerable, para las condiciones de este valle de lágrimas, es una persona feliz, no necesita nada más. Por eso, el primer valor para llevar la cruz proviene precisamente de esta templanza: la cruz no hace la vida insoportable.

Sin embargo, hay momentos –son a veces fases, años– en que la cruz se vuelve como que insoportable. Entonces, interviene otra tabla de valores mucho más alta: la sobrenatural. Uno piensa: “Es verdad, es muy difícil, pero estrictamente hablando puedo aguantar eso. Entonces lo voy a soportar por más que sufra. ¿Por qué? Porque Dios lo permitió. Y San Luis Grignon de Montfort enseñó un principio magnífico: Dios es un obrero perfecto, un escultor incomparable. Él nunca hiere la piedra a menos que sea con enorme sabiduría, y nunca me permite sufrir a menos que sea por una razón muy profunda. Por lo tanto, este sufrimiento, de algún modo, aunque no perciba cuál, hará bien a mi alma. Voy a abrazarlo con paciencia, con resignación por causa de los bienes del Cielo que deseo, del Purgatorio que abrevio y del Infierno que evito”.

Aún más feliz es el alma que se eleva a una condición superior y dice: “Y también para salvar otras almas”. Mucho más feliz cuando puede decir: “Dios mío, soy esclavo vuestro; haced, Señor, de vuestro pobre esclavo lo que entendáis. Me pongo en vuestras manos. Si queréis eso de mí, yo también lo quiero, por más que

me duela. Muero por vos en vuestras manos con la alegría de haber logrado en mí aquello que vos queréis”.

Este es un holocausto de amor desinteresado.

¡De esta manera, el hombre lleva con facilidad y alegría una cruz, aunque sea muy cruel! Alegría significa lo siguiente: en lo profundo del alma acepta aquello, considerando que tiene cuenta, peso y medida, y por lo tanto muere en paz, por más que la situación sea dura. Esa es la cruz.

Si un individuo quisiera inventar una doctrina perfecta que le haga sufrir lo menos posible en esta vida, inventaría la Religión Católica, porque

al practicarla el sufrimiento se hace más llevadero y por lo tanto disminuye aún más la cruz.

Se dice que la religión católica es la religión de la cruz. Esto es mil veces cierto, con esta advertencia: es la religión de la cruz porque da una visión alta para entender la cruz, así como el equilibrio de alma y el amor de Dios para cargarla. En otras religiones el sufrimiento es mil veces peor, no hay comparación.

Así, queda probado este principio: “Por la cruz se llega a la luz”. De hecho, sólo almas así cargan la cruz y alcanzan la luz. ❖

(Extraído de conferencia del 7/10/1967)



Santísimo Cristo del Perdón y Nuestra Señora Dolorosa
- Parroquia de Santo Domingo, Málaga



Revolución A y Revolución B

Los libros de Historia utilizados en las escuelas presentan un listado de fechas, nombres y hechos sin la menor conexión entre sí. Esta concepción superficial insinúa la idea de que la causa católica está perdida. El Dr. Plinio, analizando los acontecimientos que tienen su origen en 1303 y se prolongan hasta nuestros días, muestra que constituyen una sola y gran Revolución, con dos etapas que se entrelazan: la Revolución A y la Revolución B.

Iniciamos el estudio de un problema concerniente a la Revolución y a la Contrarrevolución, analizando la situación de la Iglesia en el siglo XIII, en el tiempo de San Luis IX.

Un continente homogéneamente católico

Es fácil verificar que la Iglesia disponía entonces de todos los elementos para asegurar su influencia sobre la humanidad.

En primer lugar, estaba revestida de todos los derechos jurídico-legales necesarios en el ejercicio de su misión. El Papa era considerado la primera persona en esa especie de gran confederación de naciones que constituía la Cristiandad. Y hasta el más alto monarca de la Tierra, el Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, se hallaba colocado debajo del Soberano Pontífice, como ejecutor de sus designios en materia temporal. Era el supremo detentor de la espada temporal



San Luis IX en oración - Catedral de San Pedro, Vannes, Francia



que se debía mover bajo la inspiración y dirección de la Iglesia.

Además de eso, la Iglesia tenía con el poder de las llaves y la disciplina intelectual del tiempo, los medios para ejercer largamente una benéfica influencia de maestra infalible sobre todas las inteligencias; poseía fuentes inmensas de renta y tenía, en fin, todo aquello que puede asegurar un poder.

Por otro lado, si fuéramos a verificar la posición de los enemigos de la Iglesia en el siglo XIII, veremos que estaban en la más completa humillación. La última fuente de herejía, la albigense, acababa de ser aplastada. Sus restos eran clandestinos y ocultos. Los judíos, que representaban un elemento extraño dentro de la Cristiandad, estaban circunscritos a los guetos.

Dentro de este inmenso cuadro, debemos aún añadir que, en Europa, la legislación, tanto cuanto era posible, impedía todas las formas de mal y promovía todas las modalidades de bien. Nos encontramos, por tanto, frente a una situación magnífica, en un continente homogéneamente católico.

Del veneno debemos sacar el contraveneno

El 25 de agosto de 1270 muere San Luis IX. Treinta y tres años después, el 7 de septiembre de 1303, hubo el atentado de Agnani, verdadero marco inicial de este proceso que se desarrolla hasta nuestros días, tratando de derrocar ese estado de cosas que, sin embargo, parecía tan firmemente establecido.

Alphonse de Neuville (CC3.0)



Atentado de Agnani

Preguntábamos para que sirvieron todas esas garantías y regalías si con ellas todo acabó en la ruina, como si no existieran; y también, cómo comenzó esta descomposición, cómo fue posible que, del ápice de San Luis IX, llegásemos hasta el punto en que hoy nos encontramos. Y esto de un modo más o menos inexorable, cada grande etapa de la Historia no haciendo otra cosa sino señalar un enorme desplome dentro del edificio de la Edad Media.

Considerando este período de la Historia, se llega a tener la impresión de que una especie de “azar” –para emplear una expresión profana– se abatió sobre las huestes católicas. A bien decir, todo sucede para nuestra derrota; a partir de 1303, como casi constantemente los grandes derrotados. Y hoy lloramos juntos los restos

de esta civilización antigua que tanto amamos, más o menos como un judío lamentándose junto al famoso muro que era una especie de base del Templo de Jerusalén.

¿Cómo fue posible que se llegase a este estado de cosas? ¿Existe un medio de volver atrás, no solo haciendo retroceder los punteros de la Historia, sino readquiriendo el espíritu y la mentalidad de la Filosofía que impregnó la sociedad medieval? Se trataría de restaurar, dentro de condiciones renovadas, la influencia de ciertos principios eternos y universales.

Cuando vemos que el dominio de estos principios va declinando, nos interesa saber de qué manera comenzaron a perder toda la influencia que ejercían; porque, conociendo el modo por el cual se dio esta caída,

podríamos extraer enseguida la vacuna adecuada para el mal. Del veneno sacaremos el antídoto. Investigando cuál fue el mecanismo del declive, podremos estudiar el medio por el cual se podrá de nuevo ascender.

Un arte mil veces más peligroso que la bomba de hidrógeno

Así, nos encontramos en el punto central de esta cuestión, porque exactamente lo que queremos hacer es dar un impulso en sentido contrario al proceso histórico que describimos. Y frente a ese movimiento de la derecha hacia la izquierda, que llamamos Revolución, queremos generar otro, de la izquierda hacia la derecha, la Contrarrevolución.

Revolución no significa, aquí, lucha a mano armada, sino más bien una subversión del orden, hecho en parte con movimientos a mano armada, y en parte con acontecimientos intelectuales, religiosos, políticos, sociales.

La Contrarrevolución no será, por tanto, una lucha de mano armada, sino un movimiento opuesto a la Revolución, o sea, deberá ser toda una cruzada de ideas, de principios, de transformación de instituciones, de doctrinas, etc.

Antes de entrar concretamente en materia, especifiquemos más claramente lo que deseamos encontrar y formular en este estudio.

Es preciso considerar inicialmente que el resorte propulsor de todas las cosas que suceden en el mundo está en la mente humana, y quien adquiere su gobierno, conquista consecuentemente el gobierno de los acontecimientos humanos.

Una vez que toda acción del hombre procede de su intelecto, quien gobierne el intelecto, acaba por dirigir la acción; y hay una técnica mediante la cual se llega a formar la mentalidad de millones y millones de personas, y hasta de generaciones enteras. Fue el uso de esa técnica que proporcionó a los conspiradores revolucionarios, en el siglo XIII, las armas necesarias para producir, lentamente la disgregación de la Civilización Cristiana.

Hay un misterioso arte de destruir y de construir, de manipular las ideas y la opinión mundial, arte mil veces más peligroso que la bomba de hidrógeno.

Cuando rehacemos los grandes procesos históricos, nos encontramos claramente frente al empleo de un método. El presente estudio tiene por finalidad precisamente detectar los principios de ese método y ver si es posible, mediante un análisis de los hechos históricos, encontrar los fundamentos del arte de destruir y, consecuentemente, los del arte de construir.

Superficialidad de los libros de Historia utilizados en las escuelas

Los libros de Historia Universal, al menos los que comúnmente se usan en las escuelas, nos colocan frente a una concepción muy errónea de los acontecimientos. Esos manualitos superficiales en los que todos ya estudiamos nos presentan un listado de fechas, nombres y hechos, sin la menor conexión entre sí.

Se limitan a decir las cosas en el estilo siguiente: En 1270 murió San Luis, Rey de Francia. En 1303 hubo una pelea: un Papa, que por las narraciones históricas no se sabe si fue muy luchador o no, Bonifacio VIII, anduvo en conflicto con el Rey de Francia, Felipe IV el Hermoso. Este rey envió unos emisarios a Agnani, una pequeña ciudad de Italia donde estaba el Papa, los cuales provocaron un incidente, llegando hasta, según algunos, abofetear al Sumo Pontífice.

Un hombre pragmático quedaría un poco incomodo con todas estas cosas.

Abofetear, Papas que pelean, son cosas muy desagradables; quitan la tranquilidad e impide que se gane dinero...

Después de esos acontecimientos, siguen calmamente los siglos XIV y XV. Tranquilamente, se llega al siglo XVI y, entonces, una nueva explosión.

En 1517 la cuestión de las indulgencias fue el reguero de pólvora para la eclosión de la Reforma Protestante. Surge el caso de Lutero, que rompe con Roma.

Esos acontecimientos se prolongan por un período de aproximadamente cincuenta años. Afortunadamente, sin embargo, se hace nuevamente la paz. Y durante más o menos tres siglos, hay tranquilidad. Llega la Revolución Francesa, en 1789. En el siglo XIX, sin embargo, la Historia transcurre calmamente. Sin embargo, en 1917, un nuevo susto para el hombre pragmático: la caída del zarismo.

De entonces para acá este tipo de hombre superficial ha ganado mucho dinero, ha ido al cine, se ha divertido bastante y ha tenido algunos sustos en Europa.



Lutero en 1857 – Colección Real Británica



Brasil ha sido el paraíso de los pragmáticos. Aquí se ha vivido con más tranquilidad. Hubo algunas revoluciones incruentas, unas crisis sociales en las que se aumentan los salarios, suben los precios y todo queda igual. Llegamos así a nuestros días sombríos, pero que tienen, a los ojos del hombre pragmático, una especie de ventana abierta hacia el futuro.

Así pues, de acuerdo con la instrucción que habitualmente se da en las escuelas, los siglos XIV y XV son siglos de paz. Aquí y allá, hay acontecimientos, pero entre ellos hay grandes periodos de calma. No hay una continuidad histórica entre los hechos. Uno no fue causa del otro. Son enteramente inconexos y semejantes a una persona sana, que de vez en cuando se resfría. No toma en consideración el conjunto; no hay un nexo entre un resfriado y otro.

Idea de que la Causa Católica está perdida

Esa concepción superficial, justifica la idea de que la Causa Católica está perdida. Según esta perspec-

tiva, parece que padece una inmensa falta de suerte. Inicialmente, la Iglesia tenía casi todo en sus manos. Hubo después una estúpida desavenencia entre un Papa y dos sicarios, en la que éstos acabaron abofeteando al Soberano Pontífice. Este hecho tuvo repercusión, y los reyes comenzaron a faltarle al respeto a los Papas.

Los monarcas constituyeron de esta manera el primer movimiento republicano de la Historia, al querer liberarse de la autoridad Papal, proclamando aquello que podríamos llamar una “república” de reyes. Este sería el primer acontecimiento. Como consecuencia los Sumos Pontífices pierden todo el dominio que antes ejercían sobre los reyes de Europa, quedando aún como señores espirituales de la Iglesia.

Siglos después, surge un fraile rencoroso, que por causa de una simple cuestión de indulgencias, promueve una disputa, a causa de la cual el Sumo Pontífice pierde, de una sola vez, la tercera parte de Europa. Pero, al final, aún quedan los países católicos.

Sin embargo, por desgracia, aparece un rey no muy inteligente en un país extraordinariamente vivaz. No

sabe administrar, la corte gasta demasiado, hasta que el pueblo se levanta, canta la Marsellesa, degüella al rey, acaba con los nobles y la iglesia es arrastrada a la confusión. Se prohíbe a la Iglesia Católica, no se sabe bien por qué, realizar sus funciones, se establece el ateísmo, se adora a la diosa Razón, se erige el Estado laico y casi todas las naciones católicas, siguen el ejemplo. Adoptan la fórmula de separación entre Iglesia y Estado. La Iglesia, por causa de un rey inepto, acabó perdiendo el dominio en casi todos los países católicos. Y desde entonces sólo se le permite que exista.

Nuevamente la historia se repite. En un país que no es católico, Rusia, cuyo zar es de espíritu semejante a Luis XVI, ve surgir contra sí un movimiento que establece el ateísmo. Después, la persecución a la Iglesia se extiende por todos los países del mundo. Concluyendo: no podría haber mayor falta de suerte.

En resumen, en esta concepción superficial de la Historia, tenemos las siguientes etapas, en las que la Iglesia pierde:

- 1) El dominio sobre los reyes por causa de dos sicarios.
- 2) El dominio sobre las naciones nórdicas por la intervención de un fraile rencoroso.
- 3) El dominio sobre los Estados católicos debido a un rey inepto y a unos conspiradores.
- 4) El derecho de existir, debido a un judío filósofo economista, Marx, y a unos rusos malvados.

Así, a partir de 1303, la Historia es el relato de las desventuras de la Iglesia Católica Apostólica Romana. De donde deriva un complejo, y un desánimo.

Dos categorías de fenómenos bien diferentes

Para proceder a la crítica de esta concepción superficial de la Histo-

Divulgación (CC3.0)



Ejecución de Luis XVI

ria, pasemos a distinguir Revolución A y Revolución B.

Al analizar esta maraña de hechos, que tienen su origen en 1303 y se prolongan hasta nuestros días, notamos que constituyen una sola y gran Revolución.

Pueden, sin embargo, descomponerse en dos categorías de fenómenos bien definidos. Por un lado, tenemos, en el plano de los hechos, un conjunto de golpes de Estado, de revoluciones, de transformaciones cruentas de las instituciones, de golpes políticos que transforman sucesivamente el mundo. La Revolución Francesa, por ejemplo, tuvo esas características: golpes políticos, reformas institucionales, y empleo de la fuerza. Lo mismo se podría decir del protestantismo y de la Revolución Rusa.

Hay, pues, un plano B en el cual los acontecimientos políticos van operando la Revolución. Pero, por detrás y encima de este plano, tenemos otro que es el de las ideas.

En toda la Historia podemos observar que antecediendo y pre-anunciando las conspiraciones, los golpes de estado y las reformas políticas, siempre hubo profundas transformaciones en la mentalidad humana.

Hubo así un profundo cambio de las mentalidades, seguido de una crisis en las ideas, y de una tal preparación del ambiente, que fue suficiente para que se revelase un fraile rencoroso, para separar de la Cristiandad y de la Iglesia Católica naciones enteras de Europa.

Delimitando los campos, entonces tenemos dos grupos de fenómenos paralelos, dos categorías de hechos que se alternan. Por un lado, una Revolución tipo A hecha en los estados de espíritu y en las ideas; y por otro una Revolución tipo B que transforma violentamente las instituciones y las costumbres para ajustarlos a los estados de espíritu anteriormente creados. Fijamos así, a lo lar-



Manifestación durante la Revolución Rusa en 1917

go de la Historia, dos líneas que se trenzan y forman la Revolución A y la Revolución B.

Ley de los fuegos artificiales

Para facilitar la comprensión de esos dos tipos de revolución, podemos emplear como imagen los fuegos artificiales. Usaremos esta expresión para fijar las ideas, una vez que estamos codificando aquí los principios de la Revolución y de la Contra-Revolución. Tenemos todo el interés en dar a cada uno de los principios un nombre para que podamos entendernos claramente. Esto es más o menos lo que se hace en Medicina: hay nombres para indicar lugares determinados de cada parte del cuerpo humano, a fin de que los médicos puedan entenderse mutuamente. Vamos, por tanto, a dar un nombre a cada uno de esos principios.

Llamemos, pues, el principio que va a ser enunciado de “Ley de los Fuegos artificiales”. Consideremos uno de estos fuegos muy comunes en las fiestas juninas¹. Producen dos, tres o más deflagraciones con cier-

tos intervalos de tiempo. Inicialmente hay una explosión, después el rastro corre, alcanza otro bolsón de pólvora y produce una nueva explosión. Y así, sucesivamente, tenemos un momento de explosión y un tiempo en el que el fuego corre interno por la pólvora.

Volviendo al caso de la Revolución, podemos decir que la ley que la prendió fue la del rastro de pólvora. Cada una de las explosiones revolucionarias fue precedida por un rastro; este rastro fue la Revolución A; la explosión fue la Revolución B; de ésta se pasa para una nueva Revolución A y después para otra Revolución B, y siempre es el mismo fenómeno que se repite: explosión – rastro, explosión – rastro, y así sucesivamente.

Este principio nos lleva a una pregunta que, a su vez, nos conduce a otra imagen y a otro principio. ¿Por qué los protestantes consiguieron que el protestantismo se expandiera tan rápidamente? ¿Cómo lo hicieron igualmente los hombres de la Revolución Francesa? ¿Cómo lo hace el Comunismo?



Makia Minich (CCS.O)



Como provocar fuego en un bosque verde

Podemos hacer una comparación con un bosque. Supongamos que alguien tuviese el deseo de incendiar un bosque verde, por ejemplo, una plantación de eucaliptos, junto a una vía del tren. Si un director de la Vía Férrea conociese tal deseo, probablemente sonreiría. Todos los días pasan por ahí trenes que sueltan miles de chispas, y a pesar de eso, nunca hubo el menor incendio. Aho-

ra bien, una persona, con una cerilla, quiere incendiar todo el bosque! El incendiario no diría nada, pero durante dos, tres, veinte noches, mandaría hombres que aplicasen a estos árboles unas misteriosas inyecciones que los secarían. Finalmente, un día prendería fuego a uno solo de ellos. En breve, todo estaría ardiendo, a pesar de solo haber utilizado una cerilla.

Así también las revoluciones son determinadas por una combustibilidad anterior, que hace posible el in-

cenio producido por las ideas revolucionarias en ciertos ambientes.

Las dificultades en la expansión de nuestras ideas provienen precisamente por la incombustibilidad del ambiente; prenden fuego en algunos, pero irritan a otros.

Este principio conduce a la idea de que si hubo la posibilidad de incendiar el bosque, fue porque los árboles se hicieron inflamables. Por lo tanto, el punto de partida fue un acontecimiento cualquiera que determinó la combustibilidad del organismo social. Y fue debido a esa combustibilidad que ese organismo, ya condenado por así decirlo, a la muerte en cuanto no limpiasen el veneno que lo secó, pasó a ser incendiado, sucesivamente, por huestes revolucionarias.

Entonces, encontramos la respuesta a nuestra pregunta. Las ideas de la Revolución Francesa ocasionaron el incendio que produjeron, porque el ambiente estaba preparado con toda una estructura de principios, conceptos y hábitos mentales, incluso antes de la acción de los revolucionarios que próximamente prepararon esa Revolución, de tal modo que bas-



tó que iniciase la campaña revolucionaria, para que la Revolución comenzase a caminar. Como vemos, hubo un hecho indispensable anterior a la llegada del propagandista revolucionario, y que fue justamente la preparación del ambiente, a fin de que la idea se propagase y los hombres se dejasen entusiasmar.

Si queremos suprimir un efecto debemos extinguir la causa que lo produce

Como ejemplo de lo expuesto, es revelador el caso narrado por Jan Valtin², de un puerto belga que tenía un floreciente partido comunista, el cual poco después llegó a extinguirse completamente. Investigadas las causas, se constató un hecho curioso: dicho barrio tenía un prostíbulo cerca del muelle en la zona obrera, y por un reglamento que prohibía hacer ciertas obras públicas, fue obligado a transfe-



El Dr. Plinio en 1958

Archivo Revista

Podemos remontarnos a una experiencia cotidiana. Si las playas de Río de Janeiro quedasen desiertas, si las calles de San Pablo permaneciesen exentas de todos los anuncios inmorales, y de todas las mujeres con vestidos indecentes, que en ellas abundan, si la pureza de las costumbres dominase completamente las grandes ciudades, ¿la Revolución Comunista no habría perdido su más precioso campo de expansión?

Si fuesen cerradas las discotecas, los antros, las casas de juego, y además, las familias adquiriesen un sabio horror a esas cosas; en fin, si suprimiésemos todos los focos de corrupción de la ciudad, podemos afirmar que no sería muy peligroso tener profesores enseñando el Socialismo, o agitadores propagando el Comunismo. Serían expulsados por la indignación general. Todo esto, sin embargo, existe, y abunda porque faltan personas que argumenten en contra.

Dice un principio filosófico que, cuando se quiere suprimir un efecto, antes debe extinguirse la causa de donde proviene. Si queremos extinguir la Revolución A, combatamos todo cuanto constituye la Revolución A. La Revolución B se hará, como consecuencia, imposible por sí misma. ❖

*(Continúa en el próximo número)
(Extraído de conferencia del
15/10/1958)*

rirse a un punto opuesto. Con el traslado de esas mujeres para otro lugar, el partido comunista perdió el electorado de aquella zona. Eran esas pecadoras públicas las que hacían la Revolución A, los comunistas por su parte, realizaban la Revolución B.

Por este hecho vemos cómo los males se juntan, y cómo en este caso concreto, la primera medida para acabar con el Comunismo no consistía en la promoción de obras sociales, ni en la elaboración de dialécticas improductivas, sino en sacar aquella casa. De nada servía predicar bellas teorías sobre el derecho de propiedad a un hombre que lleva una vida inmoral. En primer lugar, comenzaría por no interesarse.

Este pequeño acontecimiento nos muestra cómo la Revolución A precede a la Revolución B. Recorriendo la Historia de la Civilización, comprobamos que todas las revoluciones B no fueron sino el paroxismo de revoluciones A.



John Newman (CC3.0)

- 1) Fiestas típicas en Brasil, en el mes de junio, por la celebración de San Juan.
- 2) Jan Valtin, pseudónimo de Richard Julius Hermann Krebs (*1905 - + 1951) Comunista alemán que actuó en sindicatos de marineros y obreros portuarios. En cuanto escritor, redactó sus obras entre las décadas de 1930 y 1940.

SANTORAL



San Eulogio

1. Santa Inés Cao Kueiyng, mártir (+1856). Al quedar viuda se dedicó a la enseñanza de la Doctrina Católica, por lo que fue detenida, llevada a prisión y torturada hasta morir, en Xilin-xian, China.

2. Beato Carlos “El Bueno”, mártir (+1127). Príncipe de Dinamarca y conde de Flandes, hijo de San Canuto el Grande. Asesinado delante del altar de la iglesia de San Donaciano, en Brujas, Bélgica, por los Erembald, a quienes se esforzaba por pacificar.

3. Santa Teresa Eustoquio Verzeri, Virgen (+1852). Fundadora de la

Congregación de las Hijas del Sagrado Corazón de Jesús, en la Brescia, Italia.

4. San Casimiro, rey de Polonia (+1484).

Beato Roberto Spiske, presbítero (+1888). Sacerdote diocesano, fundó en Wroclaw, Polonia, la Congregación de las Hermanas de Santa Eduvigis.

5. II Domingo de Cuaresma.

San Lucio, Papa (+254). Sucesor de San Cornelio, fue insigne confesor de la Fe. Afrontó las dificultades de su tiempo con moderación y prudencia.

6. San Olegario, obispo (+1137). Obispo de Barcelona y Arzobispo de Tarragona, España. Trabajó en la restauración de la disciplina canónica y reorganización de la arquidiócesis.

7. Santas Perpetua y Felicidad, mártires (+203).

Santa Teresa Margarita Redi, virgen (+1770). Carmelita Descalza del convento de Florencia, Italia. Recorrió un arduo camino de perfección en su corta vida de 22 años.

8. San Juan de Dios, religioso (+1550). Patrono de los hospitales.

San Vicente Kadlubek, obispo (+1223). Siendo obispo de Cracovia, fue bienhechor de muchos monasterios, se empeñó en la reforma del clero y del pueblo. Después de renunciar a su ministerio, se hizo monje cisterciense en Jedrzejow, Polonia.

9. Santa Francisca Romana, religiosa (+1440).

San Paciano, obispo (+c 390). Obispo de Barcelona, España. Cuando predicaba la Fe, afirmaba: “Cristiano es mi nombre y Católico mi apellido.”

10. Santa María Eugenia Milleret, virgen (+1898). A la edad de 22 años fundó en París la Congregación de las Religiosas de la Asunción.

11. San Eulogio, presbítero y mártir (+859).

12. III Domingo de Cuaresma.

San José Zhang Dapeng, mártir (+1815). Después de ser bautizado en Guiyang, China, abrió las puertas de su casa para misioneros y catequistas. Preso, fue condenado y conducido al suplicio de la cruz, donde derramó lágrimas, por considerarse indigno de morir por Cristo.

13. Beato Agnelo de Pisa, presbítero (+c. 1236/1275). Enviado por San Francisco a Francia y después a Inglaterra, donde instituyó la Orden Franciscana y promovió las ciencias sagradas.

14. Beato Giacomo Cusmano, presbítero (+1888). Fundó el Instituto Misionero de los Siervos y Siervas de los Pobres. Eminente por su caridad para con los indigentes y enfermos.

15. Santa Luisa de Marillac, viuda (+1660). Fundó en 1633 en París, la Congregación de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, para cuidar de los enfermos, pobres y abandonados.

16. Santa Eusebia, abadesa (+c. 680). Abadesa de Hamay-sur-la-Scarpe, Francia, que después de la muerte de su padre se retiró con su madre Santa Rictrudis, a la vida monástica.

17. San Patricio, obispo (+461). Patrono de Irlanda.

San Juan Sarkander, presbítero y mártir (+1620). Párroco de Holesov, en Moravia. Condenado al suplicio de



Santa Luisa de Marillac



San Salvador Grioneses obrando milagros

la rueda, por no revelar los secretos de Confesión.

18. San Cirilo de Jerusalén, obispo y Doctor de la Iglesia (+c. 386).

San Salvador de Horta, religioso (+1756). Religioso franciscano, en Barcelona, España. Por sus dones de taumaturgo fue incomprendido y perseguido por sus propios cofrades.

19. IV Domingo de Cuaresma.

San José, esposo de la Bienaventurada Virgen María, Patrono de la Iglesia Universal.

Beato Isnardo de Chiampo, presbítero (+1244). Religioso dominico que fundó en Pavía, Italia, un convento de su Orden.

20. Beato Francisco Palau y Quer, presbítero (+1244). Sacerdote carmelita descalzo, místico y exorcista. Después de soportar graves persecuciones en su ministerio, fue mandado a la isla de Ibiza, donde quedó abandonado por todos. Fundó las Carmelitas Misioneras Teresianas. Murió en Tarragona, España.

Santa Jacinta Marto (+1920). Niña vidente de la Virgen María en las apariciones de Fátima, Portugal. Canonizada por el Papa Francisco el 13 de mayo de 2017.

21. San Lupicino, abad (+480). Impulsó la vida monástica en la región de Jura en Francia, junto con su hermano San Román.

22. Beato Francisco Chartier, presbítero y mártir (+1794). Por odio a la fe católica, fue decapitado en Angers, durante la Revolución Francesa.

23. Santo Toribio de Mogrovejo, obispo (+1606). *Ver página 24.*

San Gualterio, abad (+1095). Primer abad del monasterio benedictino de Pontoise, Francia. Enseñó a los monjes la regla monástica con su ejemplo y combatió las costumbres simoníacas, difundidas entre el clero.

24. Beata María Karłowska, virgen (+1935). Fundadora de la Congregación de las Hermanas del Divino Pastor de la Divina Providencia, en Pniewite, Polonia.

25. Anunciación del Señor.

26. V Domingo de Cuaresma.

San Ludgero de Münster, obispo (+809). Fundó varios monasterios que se convirtieron en centros de propagación de la Fe. Predicó el evangelio en la Frisia, Dinamarca y en Sajonia, Alemania.

27. San Ruperto de Salzburgo, obispo (+c. 718). Edificó en Salzbur-

go, Austria, una iglesia y un monasterio con escuela, desde donde difundió la Fe Cristiana. Predicó el evangelio en Baviera, Alemania.

28. San Cirilo, diácono y mártir (+ c. 362). En el tiempo del emperador Juliano, el Apóstata, fue cruelmente asesinado en Heliópolis, Líbano.

29. Beato Bertoldo, cruzado (+1188). Recién fundada la Orden de los Hermanos de Santa María del Monte Carmelo (los Carmelitas), es elegido en Palestina como segundo Prior de la Orden y consagra la misma a la Madre de Dios.

30. Beata María Restituta, virgen y mártir (+1943). Religiosa de la Congregación de las Hermanas Franciscanas de la Caridad Cristiana. Como religiosa desempeñaba el oficio de enfermera en los hospitales, donde la enviaba la comunidad. Estando en Viena durante la guerra, fue decapitada por los enemigos de la Fe.

31. San Guido, abad (+1046). Abad del Monasterio benedictino de Pomposa, donde recibió muchos discípulos. Reconstruyó algunos edificios sacros. Murió en Borgo San Donnino (Fidenza), Italia



San Paciano



De inquisidor a apóstol del Perú



Thiago A.

Santo Toribio de Mogrovejo

Felipe II, habiendo conocido a un hombre bueno y virtuoso como Santo Toribio de Mogrovejo, lo sacó de las dulzuras de su piedad y lo nombró presidente del Tribunal de la Inquisición en Granada. Ejerció tan bien su oficio, que el emperador pidió que fuese consagrado obispo de Lima, en el Perú. Y nombrado como tal, luchó contra las costumbres lascivas y fue azote de los malos sacerdotes.

El 23 de marzo se celebra la fiesta de San Toribio de Mogrovejo, cuyos datos biográficos a continuación sintetizamos.

En Granada fue presidente de la Inquisición durante cinco años

Santo Toribio nació en 1558 en Mayorga, España, de una noble familia. Desde infancia reveló amor por la virtud y un horror extremo al pecado, junto a una gran devoción a la Santísima Virgen. Cada día recitaba su Ofi-

cio y el Rosario, y los sábados ayunaba en su honor.

Con inclinación a los estudios, los hizo en Valladolid y Salamanca. Felipe II llegó a conocerlo y, observando sus cualidades, le nombró primer magistrado

de Granada y presidente del Tribunal de la Inquisición de esa ciudad, cargo que ocupó de forma excepcional durante cinco años. Quedando libre la Sede Episcopal en Lima, en el virreinato del Perú, el soberano lo llamó para el cargo a pesar de sus vehementes protestas. Fue consagrado sacerdote y obispo, y asumió su cargo a la edad de 43 años.

Felipe II reprendiendo a Guillermo I en Vissingen, después de su salida de los Países Bajos en 1559

Su diócesis era inmensa y las costumbres de los españoles y otros conquistadores, al lado del clero, dejaban mucho que desear.

Los salvajes a su vez eran abandonados o perseguidos. Santo Toribio no se dejó desanimar y decidió aplicar las decisiones del Concilio de Trento para reformar la región.

En Lima, comenzó su acción por la reforma del clero

Dotado de una prudencia excepcional, así como de un celo activo y vigoroso, comenzó con la reforma del clero, manteniéndose inflexible en cualquier escándalo que viniese de allí. Se convirtió en el azote de los pecadores públicos y protector de los oprimidos. Fue muy perseguido por ello.

Como algunos cristianos dieron a la Ley de Dios alguna interpretación que favorecía las tendencias desarregladas de la naturaleza, les mostró que Cristo era la Verdad y no una costumbre, y que en su tribunal nuestros actos no serían pesados por la falsa balanza del mundo, sino por la balanza del Santuario.

Consiguió nuestro santo lo que quería y se volvió a la práctica de las máximas

evangélicas con gran fervor, especialmente con la llegada del virtuoso virrey Don Francisco de Toledo.

Infatigable por la salvación de la más pequeña de las almas de su rebaño, no escatimaba trabajo ninguno. Protegió a los indios aprendiendo, ya en la vejez, varios de sus dialectos para enseñarles el Catecismo. Toda esta actividad fue iluminada por una intensa vida de piedad, misa, larga meditación, confesión diaria, largas horas de oración y severa penitencia. Su oración era continua, porque la gloria de Dios era el fin de todas sus palabras y obras.

Santo Toribio cayó enfermo en Sana, una ciudad distante de Lima. Previo su muerte y distribuyó sus bienes a los siervos y a los pobres, repitiendo

sin cesar las palabras de San Pablo: “Deseo ser liberado de las ataduras de mi cuerpo para unirme a Cristo”. Murió diciendo con el profeta: “Señor, en tus manos entrego mi espíritu”. Era el 23 de marzo de 1606, cuando expiró el gran apóstol del Perú.

Salió de las dulzuras de su piedad para ser el azote de los herejes

Es una biografía tan hermosa que casi no dan ganas de hacer comentarios. En todo caso, vamos a tomar algunos aspectos de este asunto a ser considerados.

El primero de ellos, por supuesto, es la devoción excepcional de este Santo a Nuestra Señora. Todos sabemos bien que sin veneración filial y maravillada a la Virgen María no hay santidad, la cual existe, en cierta manera, según la devoción a Ella. Pasemos un poco a la consideración de las cosas del tiempo.

Tan pronto como el rey Felipe II notó a este hombre tan piadoso, lo llamó para ejercer el poder judicial.

Imagínense que, en nuestros días, se publicara una noticia que dijera: “El presidente Fulano estaba en tal lugar y, oyendo hablar de un hombre muy religioso, que ayunaba, hacía penitencia todos los sábados, rezaba el Pequeño Oficio de Nuestra Señora, exclamó: ‘Oh, aquí está el Magistrado’”. Nadie creería esta noticia porque todo el mundo sabe que ningún jefe de estado contemporáneo selec-

ciona hombres verdaderamente piadosos y religiosos.

Ahora bien, ¡maravilla de maravillas! Felipe II conoció a un hombre piadoso que no era “herejía blanca”¹, y este Monarca – también él enteramente contrario a la “herejía blanca” – viendo a ese hombre tan bueno, lo llamó a una rama especial del poder judicial que es nuestra bien amada “Inquisición contra la perfidia de los herejes”. Y he lo entonces transformado en un perseguidor de los herejes. Este hombre sale de las sombras del santuario, de las dulzuras de su piedad, para ser el azote de los herejes. Y ocupa su cargo tan bien que es nombrado obispo de Lima, Perú.

Esto es señal de toda una época en la que la virtud era buscada, premiada y considerada como un instrumento para el buen progreso del gobierno de un reino.

Santo Toribio de Mogrovejo



Flávio Lourenço



Divulgación (CC3.0)



Francisco Álvarez de Toledo, Virrey del Perú

Implantó y consolidó los cimientos del Reino de Cristo en Perú

Se puede ver cuál era el pensamiento de Felipe II al enviar a un hombre así al Perú. El Rey, comprendiendo muy bien toda la corrupción a la que estaba sometida una nación colonial, con la presencia de la élite en España o en Portugal y la llegada de la escoria a América del Sur, su preocupación fue la de tomar a un hombre eminente para implantar y consolidar los cimientos del Reino de Cristo en el Perú.

Esta actitud nos hace percibir mejor cómo había por parte de Felipe II un verdadero celo por la propagación de la Fe. Hay quienes difunden la cantilena por ahí de que España y Portugal, al hacer el descubrimiento, solo estaban interesados en el dinero.

¿Cuál era el lucro monetario que tenía Felipe II al enviar a un hombre de este valor al Perú con el fin de ha-

cer una reforma de carácter espiritual? ¡Ninguno!

Santo Toribio comienza a actuar y, por ser un auténtico santo, sabe golpear donde es necesario y se convierte en el azote de los malos padres, reformando el clero. Su acción es prestigiada por otro hombre de altas virtudes, que Felipe II envía para el cargo de Virrey del Perú: Don Francisco de Toledo.

Vemos, por tanto, al gran Monarca, a quien Santa Teresa llamó “nuestro santo Rey Felipe”, nombrar a un santo obispo inquisidor y a un virrey virtuoso. ¿Quién oye

Entonces, deberíamos pedirle a Santo Toribio de Mogrovejo que nos obtenga la gracia de luchar activamente para derribar ese estado de impiedad en el que la normalidad parece extraña a los hombres, y el horror político que se ve por ahí pasa a ser lo normal.

Es, por lo tanto, la derrota del orden revolucionario y el triunfo de la Contrarrevolución lo que debemos invocar a este Santo que, como inquisidor, luchó duramente por la causa contrarrevolucionaria. Desde lo alto del cielo, seguramente escuchará nuestra oración con benignidad y alegría. ❖

(Extraído de conferencia del 22/3/1966)

- 1) Expresión metafórica creada por el Dr. Plinio para designar la mentalidad sentimental que se manifiesta en la piedad, la cultura, el arte, etc. Las personas afectadas por ella se vuelven flojos, mediocres, poco propensas a la fortaleza, así como a todo lo que signifique esplendor.

hablar de estas cosas en los días de hoy? ¡Cómo hemos caído! Estamos en tal decadencia que nos parece natural que esos excéntricos estén por ahí gobernando, dominando, mandando, hablando, dirigiendo...

No entendemos el fondo del abismo en el que estamos, porque lo normal es que un obispo sea como Santo Toribio de Mogrovejo y que el poder político sea entregado a un rey o virrey virtuoso, y no a esa “mediocridad” que tenemos por ahí. Pero hemos perdido la noción de ello.



Santo Toribio confirmando a Santa Rosa de Lima

Rijksmuseum (CC3.0)

Reino de María e imponderables

Para saber cómo será el Reino de María, no podemos solamente tomar datos palpables y con ellos tratar de construir un bosquejo, pues de esa forma no veremos la realidad entera. Debemos escrutar los imponderables maravillosos de la Santa Iglesia.

La Iglesia puede considerarse como una planta en continuo crecimiento. Cuando alcance su estatura perfecta y haya dado todo su aroma, todo su esplendor, toda su belleza, Dios la recoge. Y entonces ahí llegaría el fin del mundo, si no fuera por los pecados humanos.

Una flor cuyo florecimiento se perfecciona a cada momento

El mundo llamado a realizar la imagen y semejanza de Dios, existiría en una época determinada tan arropado por la Iglesia, que todas las naciones serían católicas. Y la nación primogénita, la judaica, tomaría de nuevo, no la dirección de los acontecimientos, sino el liderazgo de alma que constituye la verdadera preeminencia, y la Santa Iglesia Católica sería reconocida como el sustentáculo de todo el universo.

Este es el punto que nos interesa más que todos los otros: todo lo que existe en la Iglesia de bellezas, de verdades, de expresiones de santidad aún no manifestadas, se manifestará.

Tomemos en consideración los aspectos verdaderos, tradicionales, buenos de la Iglesia Católica; aquellos que los contradicen son desfiguraciones de ella. Observando los primeros, se percibe que todo tiene un significado y expresa el espíritu de la Iglesia, pero todavía hay mucho que debe ser expresado.

Me acuerdo, por ejemplo, de una Misa celebrada hace algún tiempo en una Sede de la TFP, con unos ornamentos lindos utilizados en la canonización de mártires americanos. Se notaba que la Iglesia, que allí se manifestaba, realizaba algo superior a lo que ya había existido, como una flor con un florecimiento tan perfecto, que a todo momento se mira y se dice: “¡Es impo-



sible que sea más excelente!” Se espera un poco más, y da una perfección mayor. La Iglesia es continuamente así. Si tuviéramos ojos para verla, no nos saciaríamos de contemplarla.

En esa perspectiva, cuando la Iglesia haya florecido enteramente, el plan inicial de la Creación estaría realizado, el género humano habría dado a Dios toda la gloria para la cual fue creado, y el Creador, en un transporte de amor por esa semejanza que Él había querido, diría: “¡Vamos a la eternidad!” Eso sería la síntesis de la Historia.

Si una persona o institución tiene hacia la Iglesia una fidelidad auténtica y en continua ascensión, su trayectoria es parecida con la de la Esposa de Cristo.

Los inefables de la Iglesia

Para saber cómo será el Reino de María, no podemos tomar datos palpables, y con ellos tratar de construir un cuadro. Porque quien trabaja solamente con los datos definibles, mensurables, no ve la realidad entera. Lo que la Iglesia será en el futuro no es sobre todo lo que ella expresó, sino lo que, sonriendo, deja entender que expresará. Eso no se puede

deducir basándose solo en lo que ella dijo.

Entonces es necesario mirar los inefables de la Iglesia. Inefable etimológicamente quiere decir indecible; los indecibles de la Iglesia son lo maravilloso de ella. Su maravilloso no expresado tiene una camada de luz primera que está a punto de surgir, después hay otras camadas luminosas más profundas que tomarán más tiempo para aparecer. Sería como un agua lindísima que evapora los colores sucesivos que tiene en su profundidad.

Si una persona quisiese saber cómo estará un ambiente determinado dentro de un año, no podría decir: “Ah, ya sé, voy a hacer un análisis químico del aire y a estudiar los factores que van a evolucionar de tal forma.” Eso es una burricie. “¡No piense en eso! Debe mirar el fondo del agua para ver cuáles son los coloridos que va evaporando; fuera de eso, se equivocó”.

Una de las grandes alegrías del alma es la explicitación

Tomemos en consideración, ahora, el Reino de María y la vocación.

La vocación no es sino una gracia, que nos es dispensada porque somos hijos de la Iglesia Católica especialmente llamados a una tarea. Así como se puede comparar una gota de agua con el mar, podemos confrontar la vocación con la gracia de la Iglesia. La vocación contiene mil aspectos, mil visiones, mil conformes, mil coloridos que, a lo largo de la historia de nuestras luchas, de nuestras esperanzas, de los obstáculos, de los padecimientos, de las victorias, de las alegrías, va evaporando coloridos dentro de nuestro horizonte visual.

Así, por lo que va sucediendo, y consultando los imponderables de la vocación, podemos entender lo que ella hará. Entonces se torna patente que podemos conocer el Reino de María cuanto más sondeemos nuestra vocación. ¿Cómo se hace eso?

Tiene que haber en la vida del hombre una especie de equilibrio entre alegría y tristeza. Si la persona es completamente desasistida de cualquier forma de alegría, se muere; y sin ninguna tristeza en absoluto, prevarica y apostata. Una composición entre alegría y tristeza constituye el buen equilibrio, el buen ambiente para el alma del hombre.



Reyes antecesores de Jesús – Catedral de Notre-Dame, París



El Dr. Plinio en el Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, en São Paulo, en 1992

Archivo Flevista

Quien sabe sondear los imponderables tiene una alegría intensa

Pero el mundo moderno nos dice lo contrario. O sea, que lo propio del alma es no tener ninguna tristeza, pues así el hombre se vuelve saludable. Es lo opuesto de lo que yo estaba explicando.

Por la influencia del mundo moderno, somos llevados a la siguiente idea: ¡Que no haya ninguna tristeza! Sin embargo, como a veces aparecen algunas, las alegrías tienen que ser intensas para compensar las tristezas que surgen, porque de lo contrario nos vamos río abajo.

Entonces, la demanda de la alegría intensa parece ser una aspiración de la propia salud del alma. Como siempre, la Revolución no hace sino mentir, y esta es una más de sus mentiras.

Lo que acabo de decir puede entenderse en un sentido verdadero, desde que se comprenda bien qué es la alegría intensa. Comprar un “cochazo”, hacer un “pedazo de viaje” y cosas análogas, no dan alegría inten-

sa. Lo que la proporciona es tener ojos para saber sondear esas profundidades imponderables de la Santa Iglesia, de la vocación, y más o menos de todas las cosas. Quien las sabe escrutar encuentra, con el favor de Nuestra Señora, fuerza para todo. Este no experimenta las nostalgias del mal que tienen los hijos de las tinieblas. Él es Jacob y no Esaú.

Quien no sabe sondear esas cosas por creer que son un sueño, una fantasía en la que no vale la pena prestar atención, cae en una alternativa: o se despedaza por las alegrías ponderables, pero vanas e irreales; o forzosamente perece, desaparece.

Debemos buscar el Reino de María dentro de nosotros

Necesitamos, por lo tanto, ser personas vueltas hacia consideraciones elevadas; no obstante, con los pies en el suelo, viendo bien todos los órdenes de la realidad, pero lo mejor de sus preferencias va siempre hacia lo imponderable.

Esas almas tienen condiciones para desarrollarse, florecer, pensar en

un gran futuro, sondear sus propios imponderables y conocerse a sí mismas. Pero eso es otro estilo de vida, es la vida católica.

No es el género exterior de vivir, sino el equilibrio moral que se nota en las figuras de un gran número de estatuas de la Edad Media, tan calmadas, tranquilas, estables, que uno se pregunta de dónde vino aquello. Ellas representan personas que sabían ver, por encima de todo, los imponderables. Digamos en una sola palabra: eran almas de Fe.

Entonces, sondeando con la mirada esas cosas, encontramos en ellas el deleite intenso que proporcionan, podemos comprender cómo será el Reino de María. No tenemos que buscarlo fuera, sino dentro de nosotros.

Los judíos le preguntaban a Nuestro Señor sobre la venida del Reino de Dios, y Él les respondió: “¡El Reino de Dios está dentro de vosotros!” El Reino de María está dentro de cada uno de nosotros. ❖

(Extraído de conferencia del 18/1/1982)



La belleza inmortal de la Iglesia reflejada en los funerales de un Pontífice

Hay en el genio de un buen diseñador un “objetivo espiritual” que para captar la realidad, vale incomparablemente más que los lentes de una máquina fotográfica. Así, al analizar algunas ilustraciones de la muerte de León XIII, el Dr. Plinio describe la grandiosidad que envuelve la muerte de un Papa y el esplendor eterno de la verdadera Iglesia de Cristo, manifestado inclusive en sus pompas fúnebres.

A lo largo de los siglos, la opinión pública se fue volviendo cada vez más deseosa de conocer donde sucedieron los actos de la vida cotidiana. Y en la época en que no había fotografía, las grandes revistas contrataban diseñadores para ilustrar sus artículos, quienes, sin haber presenciado el acontecimiento, conocían el lugar en que se había dado y reproducían la escena de acuerdo a la forma como la noticiaban los diarios.

De ahí surgieron verdaderas piezas de sociología pues, aunque no fuesen artistas eminentes, eran buenos diseñadores y componían la escena de manera a promover la venta de la revista. Ahora bien, para eso el diseño debería corresponder tanto cuanto fuera posible a la idea que los lectores se hacían del acontecimiento allí estampado; de lo contrario, rechazarían la publicación.

Se trataba, por lo tanto, de una verdadera investigación silenciosa junto al gran público, con base en la cual el diseñador procuraba captar la escena como este la concebía.

Se retrataba, por ejemplo, la muerte o la coronación de un Papa, la visita de un rey a otro, la toma de posesión de un presidente de la República. Esa representación resultaba verdadera, al mismo tiempo que revelaba la mentalidad de las personas de la época, cómo ellas consideraban aquella escena y cuáles eran sus expectativas en relación a los personajes que la vivían.

En esa perspectiva vamos a considerar la noticia publicada en la revista *Illustration*, a respecto de la muerte del Papa León XIII.

Un acto de augusta justicia divina

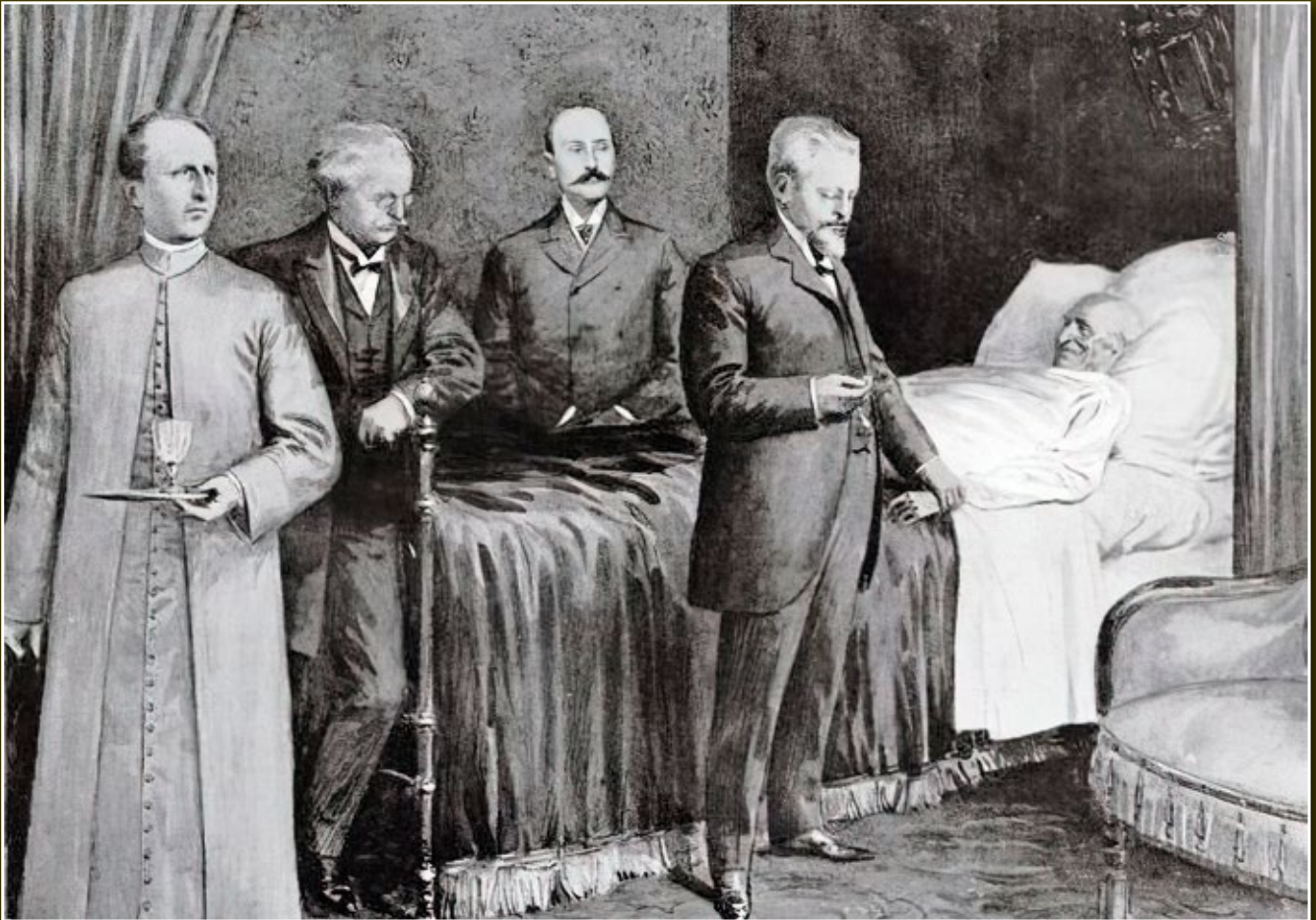
La primera ilustración retrata la constatación de la muerte de León XIII. Uno de los presentes, probablemente el médico habitual del Papa, llamado en aquel tiempo ‘arquiatra pontificio’, verifica su pulsación. Arquiatra es una palabra de origen griego que significa “archimédico”. Los otros dos que están detrás suyo son sus asistentes y esperan la confirmación de que no hay pulso y, por lo tanto, de que el Papa murió.

Analicemos cómo la idea de la muerte de un Sumo Pontífice es representada por el diseñador.

Se notan varias sábanas, un tejido de mucha categoría que llega hasta el pecho del Papa, un asiento junto a su cama el cual, por una parte de él que se ve, parece ser un sillón confortable; al fondo, se ve un tejido damasquinado que reviste la pared y al lado, una cortina. Todo habla de finura y abundancia.

Dentro de la abundancia, sin embargo, aparece el fracaso: la posición de la cabeza demuestra que el Pontífice ya no respira. Los brazos están extendidos a lo largo de un cuerpo completamente inerte. Se tiene la idea de un navío que se hundió. Se cierne en el ambiente la impresión de la insensibilidad de la muerte y del dolor del último instante. Sobre el Vicario de Cristo en la Tierra, como sobre todos los mortales, se desencadenó el castigo del pecado original. El Papa murió y, por lo tanto, Dios acaba de ejercer sobre él un acto de su terrible y augusta justicia.

El horror y la gravedad de la escena se refleja en la actitud de los médicos. El que verifica el pulso realiza una operación correspondiente a su profesión, o sea, constatar si hay vida, para prolongarla, o si hubo muerte, para declarar terminada su misión y el cambio de *status* y



W. J. Wmte (CC3.0)



de destino de aquel cuerpo, condenado a abandonar todo ese bienestar y la convivencia de los vivos a fin de ser puesto en un ataúd, cerrado y entregado a la descomposición. El arquiatra toma en consecuencia el aire frío de quien está en una posición científica y profesional. Pero algo en su postura es solemne y serio; se prepara para proferir las palabras que concluyen un capítulo de la Historia de la Iglesia: “El Papa León XIII ha muerto.”

El acto del médico jefe es puramente formal. Los dos asistentes que están detrás ya saben que el Papa falleció, pues se dan cuenta de que ya no respira. Ambos tienen actitudes diversas. El médico más joven, de bigote negro, conserva una postura erguida, como quien mira a lo lejos y piensa en cosas graves –evidentemente, en la muerte y en sus consecuencias– y expresa, de modo imponderable, una cierta consternación. Por cierto, el buen gusto en todas esas actitudes está precisamente en el hecho de ser imponderables. Las maneras evidentes son artificiales.

El médico que se apoya en la cama acaba de ejercer alguna función, pues está usando el *pince-nez*, el cual se utilizaba apenas para leer o fijar la vista en algo. Parece ligeramente entristecido, y muy pensativo, como quien pondera: “Qué gran cosa es una vida que cesa, un pontificado que se termina... ¿Qué es la muerte?” En el fondo, ya sea ateo o no, la palabra “Dios” le viene al espíritu.

Debemos parar, reflexionar y meditar en las grandes verdades

El otro personaje de la escena es un monseñor. Se nota que el colorido del traje difiere de los demás por la tonalidad y brillo que el diseñador colocó. Eso es así porque la sotana con esa especie de capa que lleva es de color violeta. El brillo de la sotana indica que es de bella seda. Los pequeños botones de alto a bajo están también revestidos de hilo violeta. Sin duda, una bonita

sotana, cuyo aspecto vistoso es atenuado por el abrigo, también noble, pero que parece ocultar el esplendor de un traje más propio para los días de fiesta.

Se percibe que ese monseñor, que es más o menos de la edad del médico de bigote negro, tiene una actitud de quien se va retirando como alguien que estaba asistiendo al Papa y cuya función cesó, pero aún realiza los pequeños servicios a los que estaba habituado. Por ejemplo, lleva en la salva, presumiblemente de plata, un vaso probablemente de cristal, y así comienza a dar un pequeño orden al cuarto del Pontífice para que se inicien las ceremonias fúnebres.

Sin embargo, viendo que la palabra decisiva va a ser dada, se detiene, preocupado y un tanto afligido, para oír lo que el médico va a declarar, en definitiva, que no hay absolutamente ninguna esperanza.

Comprendemos así cuánto pensamiento el diseñador puso al retratar esta escena. Supo transmitir en su diseño la idea de cómo la muerte, episodio tan frecuente en el cuadro general de la existencia, es una grandiosa escena delante de la cual debemos parar, reflexionar y meditar en las grandes verdades. En último análisis, se trata del supremo

poder pontificio, el fulgor de la genialidad –León XIII era considerado un genio–, que en cierto momento se extinguieron, y sólo quedó un cadáver.

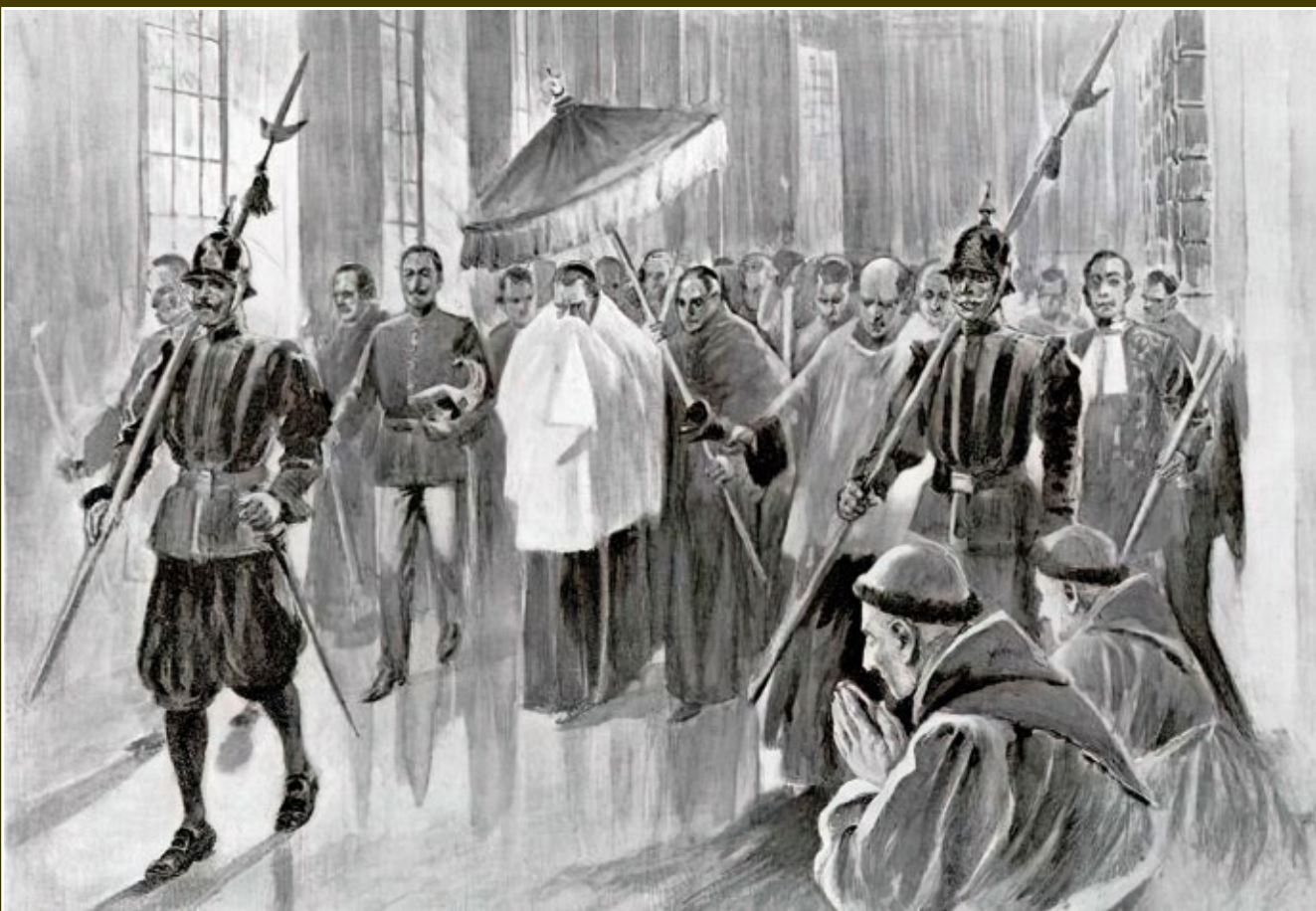
De ahí a poco el cuerpo médico saldría y comunicaría a los Cardenales, gran número de los cuales presumiblemente ya estaría en la antesala, que el Papa había muerto.

Tres discretos golpes con un martillito de plata

Después de la constatación científica, venía la Iglesia a comprobar la muerte de su jefe. Entraba el Cardenal Camarlengo, el cual substituye al Papa inmediatamente en caso de muerte, y con un martillito de plata se acercaba con todos los Cardenales pre-

W. J. Wintle (CCS.0)





sentes, golpeaba discretamente sobre la frente del Pontífice y preguntaba:

— ¿Santísimo Padre, vives?

Habiendo repetido este ceremonial por tres veces, ante de la ausencia de respuesta declaraba:

— Su Santidad León XIII murió.

La noticia era llevada inmediatamente a los campaneros, y las grandes campanas de la Basílica de San Pedro comenzaban el toque de finados. En pocos minutos, las campanas de las cuatrocientas iglesias de Roma les hacían eco.

Declarada la muerte del Papa, los Cardenales recitan la primera oración oficial por el alma del Pontífice muerto, oración que se repetirá por todo el Orbe. En todas las Iglesias se celebran Misas, el mundo entero se pone a gemir, a rezar y a esperar porque el Papa murió.

Contraste entre la riqueza y la pobreza, el señorío y la humildad

Otra ilustración retrata el momento en que, aún antes de la muerte de León XIII, el Santísimo Sacramento es llevado al Papa moribundo. El Viático recorre una de las galerías del Vaticano, y en el centro del cuadro está un clérigo, probablemente un Cardenal, que, utilizan-

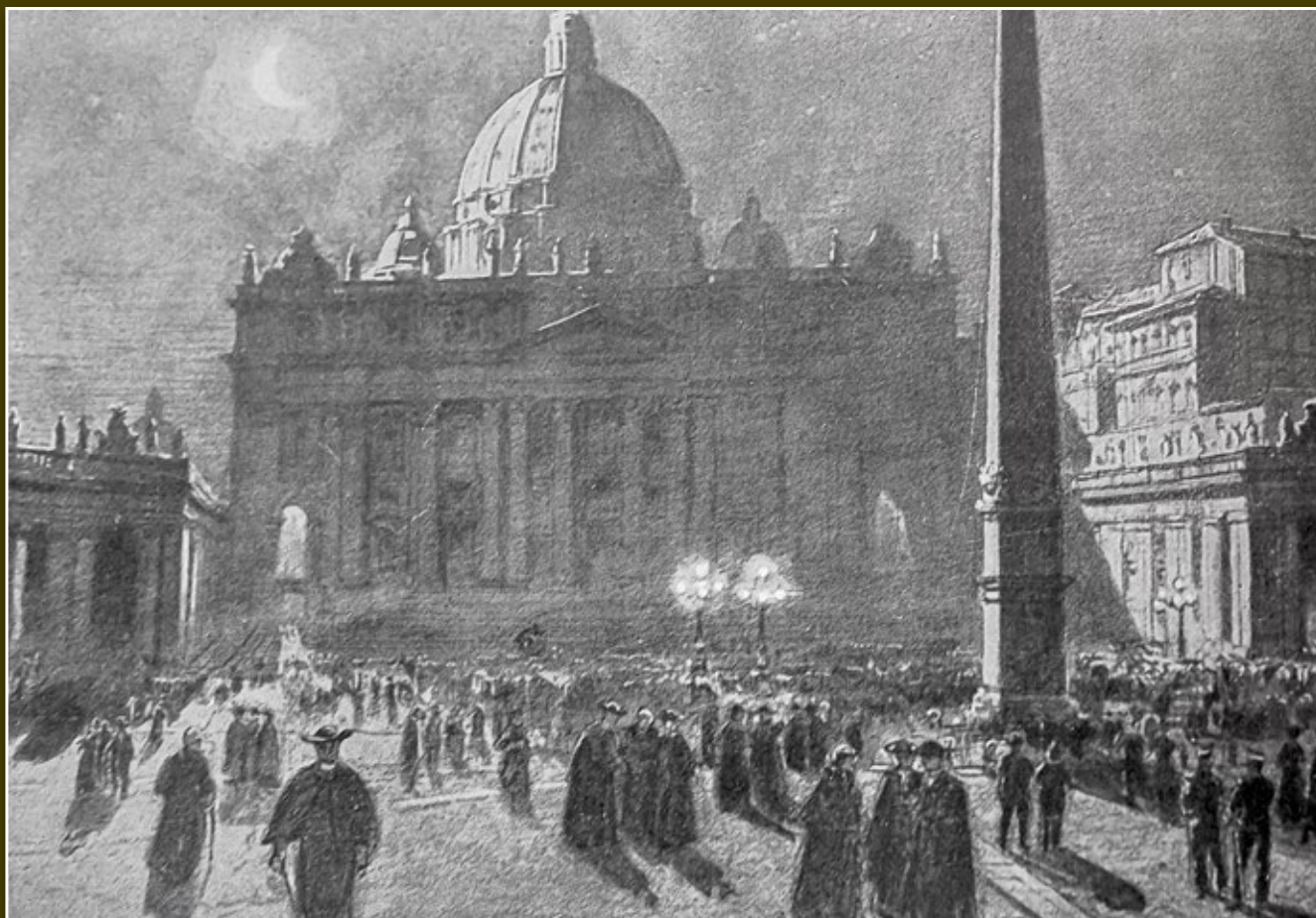
do las vestimentas litúrgicas y el ceremonial tradicionalmente establecidos, lleva el Santísimo Sacramento bajo una *umbrela* portada por un sacerdote.

El clérigo que conduce la Sagrada Eucaristía va rezando, con el rostro próximo del copón. Se mantiene recogido, no mira para los lados, pues está transportando a Nuestro Señor Jesucristo verdaderamente presente, bajo las Especies Eucarísticas, en su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad.

Al frente van los soldados de la Guardia Suiza portando alabardas, con su traje bien característico. Al lado derecho de quien conduce a Nuestro Señor Sacramentado, está un miembro de la Guardia Noble Pontificia, constituida únicamente por aristócratas. En cuanto los de la Guardia Suiza abren camino, este acompaña al Santísimo como guarda de honor; por eso lleva su bonito yelmo en la mano y no sobre la cabeza.

Entre el Santísimo Sacramento y la Guardia Suiza avanza un clérigo tocando una campanilla, para alertar a las personas del paso del Santo Viático, que está flanqueado por clérigos portando velas prendidas.

Acompañan la procesión lacayos, camareros y señores de la corte pontificia. Todos se dirigen de la capilla del Santísimo Sacramento a los aposentos papales.



En el primer plano se ven dos sacerdotes franciscanos con la cabeza tonsurada, inclinados y rezando. Es muy bonito el contraste entre la simplicidad del traje franciscano, la humildad con que ellos se arrodillan, el espíritu de oración expresado por las manos y por la actitud, por un lado, y, por otro, la solemnidad y el recogimiento de los que acompañan al Santísimo Sacramento. Ese contraste entre la riqueza y la pobreza, el noble señorío y la suma humildad constituye una armonía especial.

Se trata de otra escena que el diseñador supo representar muy bien. Llama la atención lo lustroso del suelo, se diría que están andando sobre el agua; es el mármol eximiamente pulido y de una calidad espléndida, tan frecuente en Italia y tan bello en el Vaticano.

¡He aquí una escena verdaderamente magnífica! Nuestro Señor se encuentra presente y pasa por aquellas galerías; desde lo alto del cielo, Nuestra Señora, todos los Ángeles y Santos lo están adorando. Jesús Sacramentado se dirige al Papa que se está muriendo, y va a haber el último coloquio entre Cristo y su Vicario en la Tierra.

Sin embargo, el diseño no es nada en comparación con el ceremonial elaborado a lo largo de siglos, poco a poco, por la costumbre, por la tradición y sobre todo por la Fe.

El "pulchrum" eterno de la Iglesia Católica

Otra ilustración representa la Plaza de San Pedro en la noche que precedió la muerte de León XIII. La plaza comienza a llenarse de gente que anda de un lado para otro a la espera de noticias sobre la salud del Papa, o del desenlace final que todos aguardan en cualquier momento.

No se forman esas multitudes compactas de nuestros días, sino pequeñas ruedas de gente, pues las personas aún tienen mucha personalidad.

Se percibe que todos hablan bajo. Sería una falta de respeto que hubiese allí un vendedor de caramelos, o cualquier otro elemento que llevase a los presentes a pensar en algo que no fuese esto: el vicario de Cristo está muy enfermo y en cualquier momento serán dadas noticias sobre él.

Se ven de los dos lados, los lugares de donde parte la columnata de Bernini. A la derecha se encuentra el Palacio del Vaticano, y es junto a una de esas ventanas que el desenlace se está dando, los últimos momentos de un pontificado, de una vida y de un capítulo de la Historia están transcurriendo. Todo el mundo confabula...

Como no podría dejar de ser, en la plaza aparecen varias sotanas, traje muy característico del tipo de sacerdote común en aquel tiempo, experimentado y compenetra-

do de su misión. En el primer plano hay un sacerdote que se está yendo. Se trata de un hombre alto, corpulento, con paso decidido, serio, portando un gran sombrero y aparentando una edad avanzada, un aspecto venerable acompañado de una especie de madurez que se prolonga. El alma es provecta de antigüedad, y el cuerpo decidido y fuerte. El sacerdote se retira inmerso en sus pensamientos.

¿No es verdad que ese diseño nos hace comprender, más que muchas fotografías, lo que hay de venerable en la Plaza de San Pedro y todo el *pulchrum* eterno de la Iglesia Católica?

Expresión de la realidad que la fotografía no capta

El Papa murió, su cuerpo fue puesto en una posición más erguida y comienza la despedida de los Cardenales. El diseño representa a uno de ellos que besa la mano del Pontífice. Atrás, donde la pared hace un ángulo, está el futuro Papa Benedicto XV, sucesor de San Pío X –la sucesión de los Pontífices fue: León XIII, San Pío X, Benedicto XV–, en la fuerza de su madurez, aún con cabellos negros, pensativo. No mira a nadie, y nadie mira nada a no ser al muerto.

Al fondo, un Cardenal bien más viejo mira fijamente hacia el infinito. Otro, ya más cerca de la cama, mira para el cadáver con una especie de ansiedad, como quien dice: “Entonces, mi viejo compañero de episcopado y de colegio cardenalicio, mi Papa durante tantos años, ¿tú te vas? ¿Es así la muerte? Ella no está lejos de mí... ¡Oh muerte! Miro fijamente en ti mi día de mañana. Más aún: muerte, contemplo en ti el umbral de la eternidad, el pasado que queda y el futuro que viene. ¡Oh muerte! ¡Oh Dios!”

Sentado en un sillón que se veía en uno de los diseños anteriores se encuentra otro Cardenal, literalmente *affaissé*¹ y muy pensativo. ¿En qué piensa? Tal vez en las palabras clásicas: *Sic transit gloria mundi*, así pasa la gloria del mundo. Todo se fue, todos los anhelos, realizaciones, aflicciones, decepciones, todo está acabado, nada permanece, todo es efímero... ¡Oh amargura! ¡Oh Dios que, al final, seréis la consolación de los justos!

Un cierto desaliño intencional del cabello constituye casi un sismógrafo que indica su aflicción. Él no está en la postura propia de quien en la *Belle Époque*² se encontraba en presencia de otros. Su actitud es la de un hombre de la *Belle Époque* cuando estaba solo en el cuarto meditando, o sea, a gusto...

Comparemos la actitud de mucha dignidad de los demás Cardenales –hasta inclusive el cadáver de León XIII está digno en su postura– y la de ese Cardenal anciano en el primer plano. Es como si él estuviese solo en su cuarto, en una posición inclinada, pero digna, en nada ridícula, ni descompuesta. Todo eso refleja la pompa de la *Belle Époque*.

Vuelvo a decir: en mi opinión, esas ilustraciones tienen mucha más expresión que la fotografía. Sin embargo, no habría un diario hoy que las reprodujese, porque el público querría la fotografía que recogió el hecho real, reciente. Las personas no perciben que esos diseños dan la esencia de la realidad que ninguna fotografía capta. Hay en el espíritu de análisis del buen diseñador un “objetivo espiritual”, que vale incomparablemente más que el clic de las máquinas fotográficas. ♦

(Extraído de conferencia del 21/11/1980)

- 1) Del francés: abatido, postrado.
- 2) Del francés: Bella Época. Período entre 1871 y 1914, durante el cual Europa sufrió profundas transformaciones culturales, dentro de un clima de alegría y brillo social.





Virgen de la Expectación
Iglesia de Santiago, Medina
del Campo, España

¡Intimidad superior a toda reflexión!

¿Cómo imaginar la intimidad de María Santísima con su Divino Hijo presente en su claustro virginal? ¡Es superior a toda reflexión!

Durante todo el periodo de gestación Él se nutría de la sangre purísima de Ella, que pasaba, así, a constituir el Cuerpo y la Sangre del Verbo Encarnado. La Madre de Dios tenía entera consciencia y sentía la sublimidad de lo que sucedía en su interior y, a través de la herencia genética, Él iba quedando más parecido a Ella.

Además, se dice Caro Christi, caro Mariæ; Sanguis Christi, sanguis Mariæ —la Carne de Cristo es la carne de María; la Sangre de Cristo es la sangre de María—. Él se modelaba a través de Ella y esa interrelación aumentaba la intimidad entre los dos, reflejo perfectísimo de la profunda afinidad de almas.

(Extraído de conferencia del 02/07/1995)